

Las Misiones católicas

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE.

Año I.

Barcelona 15 de Diciembre de 1880.

N.º 23.

LA provincia dominicana del Santo Rosario en las islas Filipinas es tan justamente célebre en la historia de las Misiones católicas por el número de sus apóstoles y de sus mártires, que indudablemente serán leídos con interés los siguientes pormenores relativos al principal monumento religioso de los Padres Dominicos de Manila, la iglesia de Santo Domingo.

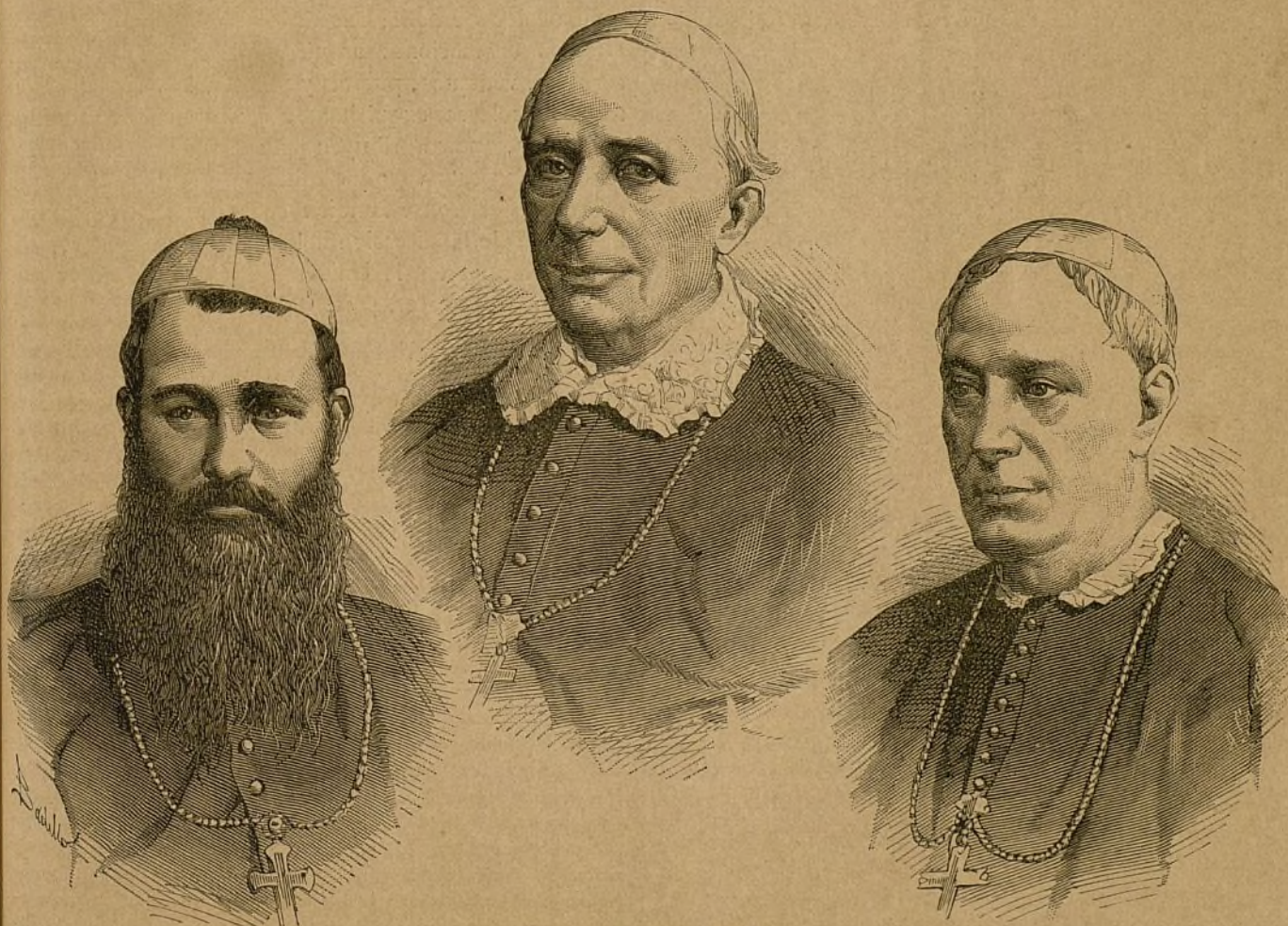
I.

El día 25 de Julio de 1587 hacían su entrada en Manila algunos religiosos de la Orden de Predicadores, habiendo salido á recibirles á las puertas de la ciudad, con las mayores muestras de respeto, el gobernador y la nobleza. Poco tiempo despues, mediante una generosa limosna del Ilmo. Sr. D. Domingo de Salazar, primer obispo de la naciente colonia, erigieron de tabla un modesto convento y una capilla dedicada á Nuestra Se-

ñora del Rosario, verificando su inauguracion en 1.º de Enero de 1588 el P. Diego de Soria, superior de la Comunidad.

Ese estado provisional no duró mucho tiempo, pues en 1589 pudo comenzarse la construccion de una nueva iglesia bajo la direccion del P. Alfonso Jimenez: era de piedra, y se verificó solemnemente su bendicion el 9 de Abril de 1592. Voraz incendio la destruyó once años más tarde, el 30 de Abril de 1603, teniendo los Religiosos el consuelo de encontrar intacta la Imágen de su amantísima Madre la Virgen del Rosario.

Sobre sus ruinas levantóse otro templo que excedió á los anteriores en magnificencia, pues cada nueva catástrofe avivaba el fervor de los católicos filipinos, y todos quisieron contribuir esta vez con sus manos y sus limosnas. El gobernador de la colonia D. Luis Perez Das Mariñas regaló una nueva Imágen de Nuestra Señora del Rosario. En los días de fiesta ardian 14 lámparas,



ILMO. FR. BERNABÉ GARCÍA CEZON,
obispo de Biblios *in partibus*.

ILMO. FR. PEDRO PAYO,
arzobispo de Manila.

ILMO. FR. MARIANO CUARTERO,
obispo de Jaro.

40 candelabros de plata y 1,500 velas en honor de la Reina del cielo, patrona de las Filipinas.

De este suntuoso monumento no debía quedar piedra sobre piedra, y el 30 de Noviembre de 1610 fué derribado por un espantoso terremoto que causó grandes desastres desde Manila á Cagayan.

Poco despues de esta nueva catástrofe, por los años de 1612, se levantó por cuarta vez la iglesia de Santo Domingo, de piedra y bóveda de madera, y de tres naves; pero nueva prueba vino en 1863 á afligir el corazón de los Religiosos y fieles de Manila. El templo habia sido objeto de importantes mejoras, siendo muy dignas de mencion la fachada, modelada segun la de San Pablo de Lóndres, y dos esbeltas torres construidas por el Padre Castro, provincial, que celebró su inauguracion el 15 de Junio de 1862. Algunos instantes debian bastar para echar por tierra tan grandioso monumento.

El 3 de Junio de 1863 un espantoso terremoto llenó de consternacion y de ruinas la ciudad de Manila, ascendiendo á unos 270 el número de iglesias y edificios destruidos. Los Padres Predicadores perdieron en tan fatal dia, no solamente el convento y el colegio, sino tambien su iglesia de San Juan de Latran, la del Rosario de Binondo, célebre por su torre, y su magnífica iglesia de Santo Domingo, que como hemos dicho acababa de recibir importantes reparaciones. El destrozo que causó en ella el terremoto fué tal, que nada subsistió que pudiera aprovecharse, salvándose empero como precedentemente la Imágen de Nuestra Señora del Rosario. No obstante, la fe que traslada los montes levantó aquellas ruinas, y por quinta vez se emprendió la edificación del templo.

II.

El dia de santa Rosa de Lima, patrona de las Indias é ilustre ornamento de la familia dominicana (30 de Agosto de 1864), fué el señalado para bendecir y colocar la primera piedra de los nuevos cimientos. Hizo la ceremonia el M. Rdo. P. Domingo Tresserra, provincial, acompañado del P. Juan Gutierrez, prior, y siendo padrinos los PP. Francisco Rivas y Ramon Rodriguez, rectores, de la Universidad el primero, y el segundo del Real Colegio de Latran.

Concluida la parte del cimientto que habia que añadir al antiguo, comenzáronse con grande actividad los fuertes muros de ladrillo y excelente argamasa, que tienen de altura 54 piés. Para darles más gracia y solidez, se los robusteció por la parte exterior con un zócalo de una vara de espesor, del que arrancan botareles ó arbotantes del mismo grueso, distantes entre sí 23 piés, y rematados en elegantes agujas de molave (1) y zinc. Los paños intermedios tienen todos un hermoso ajimez en la parte inferior, cuyas columnitas y calados son tambien de molave, por exigirlo así la seguridad, lo mismo que los radios de las ventanas superiores, que son circulares y de estilo greco-romano. En la fachada principal se dejaron tres grandes puertas ojivales, que como las dos de los costados y las tres ventanas del coro alto tienen calados de la misma madera.

(1) *Vitex geniculata*, madera de una consistencia asombrosa y que, aún puesta á la intemperie, es preferible en Filipinas á la piedra.

A pesar de la confianza que inspiraba la solidez de las paredes, se trató de resolver un problema importantísimo para el caso de un nuevo terremoto: el de dar al techo propia subsistencia. Levantáronse robustísimas columnas de acle, ipil (1) y molave, maderas de reconocida consistencia en Filipinas, que enlazadas en la parte superior é inferior, segun los empalmes, que despues de repetidas consultas parecieron ofrecer mejores garantías de seguridad, pudiesen sostener la bóveda y el cimborio, y dar al interior del templo mayor diafanidad y esbeltez. La bóveda es toda de madera forrada interiormente de zinc ó de hierro galvanizado con molduras de baticulin (2), que partiendo de los capiteles de las columnas forman un gracioso dédalo de estilo gótico al-gun tanto renaciente. El cimborio, cuya elevacion es de 123 piés, es todo de madera, forrado por dentro y por fuera de zinc y hierro, y lo propio se hizo en la parte superior de las dos torres que parten de los ángulos de la fachada, y tienen 141 piés de altura. Todo con el fin de dar al edificio el menor peso posible en sus remates, consideracion que obligó tambien á renunciar al proyecto de coronar aquellas con dos pirámides afiligranadas, como se habia pensado en un principio (3).

Tiene la iglesia en su totalidad 227 piés de largo, sin contar el grueso de las paredes, y 101 de ancho, correspondiendo 50 piés á la nave central de las tres en que se divide. La altura de esta es de 72 piés, y de 54 la de las laterales y capilla del Rosario.

En cuanto á ornamentacion, la iglesia es susceptible de recibir cuanto el gusto ó el capricho bien dirigido quiera colocar en ella, pues hasta la fecha no tiene más que las decoraciones arquitectónicas de las bóvedas, cornisas, ventanas, puertas y púlpito. Los cristales son todos de colores, exquisitamente combinados, y traídos de Europa, que contribuyen poderosamente á dar al interior ese aspecto vago y cambiante, peculiar del templo cristiano. Hiciéronse tambien cuatro retablos, segun el diseño y bajo la direccion del P. Joaquin Sabater, profesor de dibujo en la Universidad (4). El del Rosario, que tiene tres altares, presenta en graciosos medallones de relieve los quince misterios de que aquel se compone, además de los emblemas de la letanía lauretana y las figuras de los Apóstoles y Profetas, todo de alto relieve. Las imágenes de santo Domingo, santa Catalina y los cuatro Evangelistas son de cuerpo entero, y la de la Virgen del Rosario es la misma que mandó hacer el gobernador Das Mariñas. Hay en la misma capilla otros dos

(1) El *ipil* pertenece al género *Eperua* de Linneo. El harigue ó columna interior de la torre del lado del Evangelio, que tiene 802 piés de altura, y es de ocho piezas de ipil, pesó 2,856 arrobas. Levantóse el 31 de Diciembre de 1866. El *acle*, del género *Mimosa*, es árbol fuerte de primera magnitud.

(2) Se aceptó el baticulin, *Ola*, por ser sumamente ligero é incorruptible, resguardándolo de la humedad.

(3) Sea á consecuencia de la estructura del templo y de los materiales empleados en su construccion, sea tal vez por un prodigio de la Bondad divina, el templo de Santo Domingo quedó en pié durante la serie de terremotos que en Julio del presente año sembraron de ruinas la ciudad de Manila y otros puntos de la isla de Luzon; habiendo sólo sufrido, que sepamos, algunos ligeros desperfectos. (V. páginas 332 y 427.)

(4) El púlpito, debido tambien á la laboriosidad y conocimientos del P. Sabater, es una graciosa y bien ejecutada imitacion del de San Estéban de Viena.

retablos sencillos, tambien de forma ojival, dedicados á santo Tomás de Aquino y á san Vicente Ferrer.

Un hermoso y ligero templete dorado, de dos cuerpos, con graciosísimos trepados afiligranados, colocado en el fondo del semicírculo en que termina la nave central, constituye el altar mayor. Como las naves laterales dan vuelta al presbiterio, queda detrás del altar un coro desahogado, separado sólo de aquel por delgadas columnitas en haz, lo cual casi se hace indispensable en la liturgia dominicana, so pena de tener que confundirse con el pueblo en muchos actos del culto. En el primer cuerpo del templete se colocó la imagen de santo Domingo, titular de la iglesia, y en el segundo la de santa María Magdalena, que lo es de la Provincia (1), y en las columnas del presbiterio las de varios Santos españoles de la Orden de santo Domingo. Tal es la decoracion actual del quinto templo de Santo Domingo, edificado despues de 1863, á la que, si añadimos algunos templecitos y hornacinas de la fachada y de las torres, y las almenas que coronan el cimborio, habremos completado nuestro resúmen.

III.

Nombrado Provincial en el Capítulo de 1867, el reverendo P. Fr. Pedro Payo, á quien cabe hoy la gloria de regir la Metrópoli filipina con piedad y acierto notables (2), imprimió á la obra vigoroso impulso, y el día 14 de Agosto pudo ser colocada en la capilla del Rosario la Imágen de Nuestra Señora, que hacia cuatro años se hallaba como en cautiverio.

Los trabajos continuaron sin interrupcion, y el 18 de Marzo de 1868 pudo bendecir el nuevo templo el ilustrísimo Fr. Mariano Cuartero, primer obispo de Jaro (3).

(1) Habiendo fondeado en Cavite el día de santa María Magdalena los primeros Padres que fueron á Filipinas, la tomaron por patrona.

(2) Nació este varon ilustre en la Coruña el 15 de Setiembre de 1814, y desde sus primeros años manifestó tan decidida vocacion al apostolado, que hubo de entrar en el Real Colegio de Santo Domingo de Ocaña, donde profesó en 16 de Setiembre de 1831. Seis años despues, poseído de fe y de entusiasmo por la religion, sin reparar en los peligros que á los misioneros amenazan de continuo, se encontraba el jóven dominico en Manila, donde, aprovechando los ratos que le dejaba libres su sagrado ministerio, se dedicó con vocacion tan ardiente y acertado criterio á estudios teológicos y literarios, que sus superiores, reconociendo en él un alma superior y una virtud y constancia dignas de todo encarecimiento, le destinaron á la cura de almas en distintos pueblos. Electo en 1855 Prior del convento de Santo Domingo de Manila, Procurador de las Misiones de China y Tong-king, auxiliar del venerable Obispo de Cebú, y Prior provincial en Filipinas, demostró la grandeza de su carácter por el amor con que cumplió sus difíciles tareas, y su actividad é iniciativa terminando la reedificacion del hermoso templo de la parroquia de Binondo, ampliando las enseñanzas de la cátedra de teología moral del seminario de Manila, y llevando la fe católica y el bautismo á las más apartadas regiones.

En 1876 desempeñaba Fr. Payo en Madrid el cargo de Procurador general, cuando fué presentado por el Gobierno y despues preconizado por el Sumo Pontífice para el Arzobispado de Manila, con general contento de los habitantes del Archipiélago filipino.

El ilustre Prelado, desde su vuelta á Filipinas, dió vigoroso impulso á las obras de la magnífica Catedral metropolitana, enteramente arruinada por el terremoto de 1863 é inaugurada solemnemente el 8 de Diciembre de 1879; logró desarraigar el germen de todo abuso, poniendo en orden los intereses de la Iglesia; y ha recorrido su extensa diócesis administrando los Sacramentos y llevando á todas partes la fe con su autorizada palabra.

(3) Vió este esclarecido apóstol la luz en Frescano, pueblo de la diócesis de Zaragoza, el 22 de Marzo de 1813. Cuando apenas aca-

Al día siguiente, fiesta de san José, se cantó solemnemente la primera Misa, en la que pronunció elocuentísimo sermón el docto dominico P. Martínez Vigil. «La Religion, comenzó diciendo, siempre fecunda en inspiraciones sublimes, ofrece hoy á la contemplacion de los hijos de Luzonia una de aquellas ceremonias augustas del culto católico que, á la par que abren el corazon á la más grata esperanza, patentizan la proteccion benéfica con que Dios distingue á un pueblo fiel. Manila, á su vez, llena de justa gratitud y de religioso entusiasmo, reúne á sus ciudadanos en torno del altar santo para recordarles un hecho aciago de nuestra historia contemporánea, una prueba ruda que en días no remotos se dejó sentir con todo el peso de una expiacion sobre un pueblo consternado, y para excitarles á bendecir la misericordia siempre grande con que plugo al Señor poner fin á aquellos males y permitirnos reanudar nuestros cánticos de alabanza.»

Entre los personajes que concurrieron á tan augusta solemnidad notábanse D. José de la Gándara, gobernador y capitan general, D. Manuel de Maldonado, subgobernador, varios magistrados y miembros del Consejo administrativo. Enviaron tambien diputaciones el Cabildo catedral y las Comunidades religiosas.

Las vistas que de la Iglesia de Santo Domingo publicamos están tomadas de fotografia, y aunque especialmente la que representa el interior ha resultado ser imperfecta como tomada de una fotografia algo pálida, da idea del sagrado edificio.

«Al considerar, dice un distinguido escritor de nuestros días, que en dos siglos y medio se ha reedificado cinco veces este templo, y que el actual es obra de cuatro años, ocurre pensar la ventaja que los católicos filipinos han tomado á los de la metrópoli, donde apenas se restaura ningun templo y el levantar una iglesia es obra larguísima y punto menos que imposible. En otro tiempo nuestras colonias eran tambien nuestros discipulos en el cultivo de las letras y en las prácticas del arte; pero hoy ¿podemos decir otro tanto?

«Agradecemos á las Ordenes religiosas que se con-

baba de cumplir 16 años vistió el hábito de la Orden dominicana en la capital del antiguo reino de Aragon.

Al concluir los estudios en el colegio de Santo Domingo de Ocaña, al cual fué destinado, habia acreditado ya la excelencia de sus cualidades en las diferentes comisiones que se le confiaron, entre las cuales no fué la menor la de explicar lecciones de filosofia en las aulas del Real Colegio de su Orden.

Pasó á Manila en 1840, granjeándole muy pronto la general estimacion su doctrina, su celo apostólico y sus virtudes. Fué nombrado profesor de la Universidad de Manila, y despues Prior del convento de Santo Domingo.

Volvió á España al cabo de algun tiempo, y se le confirió el rectorado del colegio de Ocaña. Elegido procurador general de Madrid y Roma, desempeñó durante diez años este elevado cargo con su acierto acostumbrado, hasta que, habiéndose estimado conveniente la creacion del obispado de Jaro en las Filipinas, fué preconizado para aquella dignidad y recien erigida Sede.

La naciente iglesia no tardó en convertirse, merced al celo y á la inteligencia del nuevo Prelado, en próspera y bien ordenada diócesis. Venciendo todo género de contrariedades, levantó una hermosa catedral, un seminario conciliar, un palacio episcopal, una casa parroquial y un espacioso cementerio. Sus ocupaciones incesantes han sido siempre predicar sin descanso, administrar los santos Sacramentos, visitar los términos de la diócesis y levantar con ejemplos de virtud el sentimiento religioso en el alma de aquellos isleños.

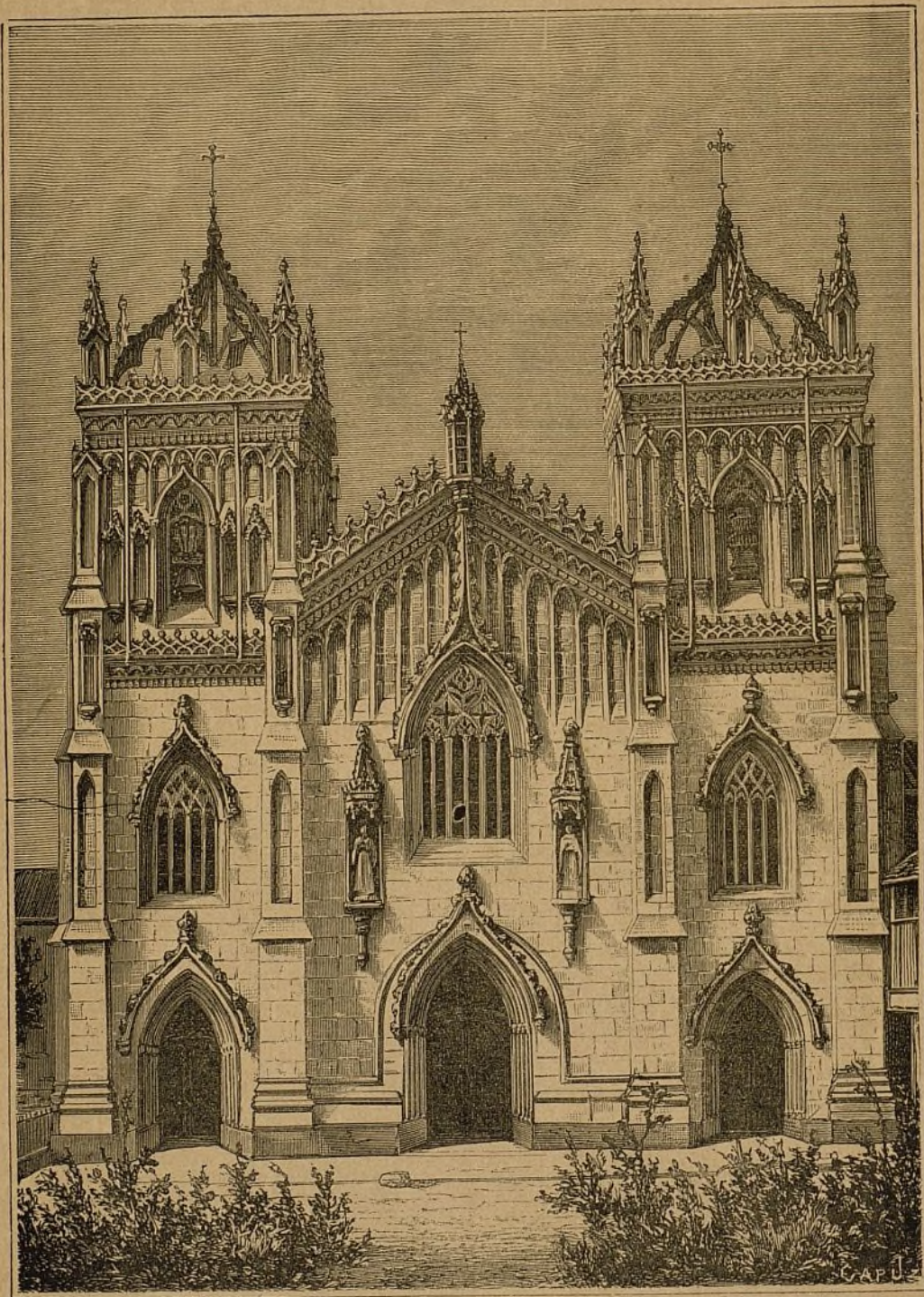
serven en nuestras posesiones ultramarinas, y especialmente en Filipinas, los sentimientos de religion, que son garantía de la integridad de la patria.

«Que el templo de Santo Domingo de Manila sea para siempre una prenda sagrada de este vínculo entre las islas del Archipiélago y la cuna del santo fundador de la Orden insigne de Padres Predicadores.»

Ya que de glorias dominicanas nos ocupamos, no será inoportuno dedicar aquí un recuerdo á un venerable misionero cuyo nombre conocen ya nuestros lectores: el Ilmo. Fr. Bernabé García Cezon.

Nació este ilustre Prelado en Huerta, diócesis de Toledo, el 21 de Marzo de 1834, y despues de seguir con notable aprovechamiento el estudio de las Humanidades, ingresó en el convento de Santo Domingo de Ocaña, donde profesó el 16 de Diciembre de 1855. Desde este tiempo la vida del P. García es una série de improbos trabajos en el ejercicio de su sagrado ministerio. Como misionero, visitó los países intertropicales, tan crueles para la salud de los euro-

Al sig
de las tu
toman



MANILA (Filipinas).—Fachada de la iglesia de Santo Domingo. (Pág. 530).

peos, y llevó á cabo obras de propaganda dignas de un verdadero apóstol. Por sus altos merecimientos fué consagrado obispo y elegido vicario apostólico del Tong-king central en 1865.

Al encontrarse obispo á los treinta y un años de edad, por virtud de santa obediencia, de tal modo redobló su celo apostólico, que su salud comenzó á resentirse al poco tiempo. A pesar de esto continuó la obra difícilísima de las Misiones, y hace poco más de un año que, acosado por los padecimientos que le produjo el hambre espantosa

que desoló la Mision, cayó gravemente enfermo y se vió obligado á presentar al Romano Pontífice la dimision de su cargo, retirándose al convento de Santo Domingo de Manila.

Tal es, en bosquejo, la noble figura del venerable Apóstol que aparece en nuestro primer grabado al lado de la simpática y por tantos títulos venerable de Fr. Mariano Cuartero, y acompañando ambas á la insigne y gloriosa de Fr. Pedro Payo, uno de los más ilustres Prelados que han ocupado la Silla metropolitana del Archipiélago filipino.

aparien
mino,
mismo
tranquil
sas, de
carriles
ellos co
—¿V

COREA.

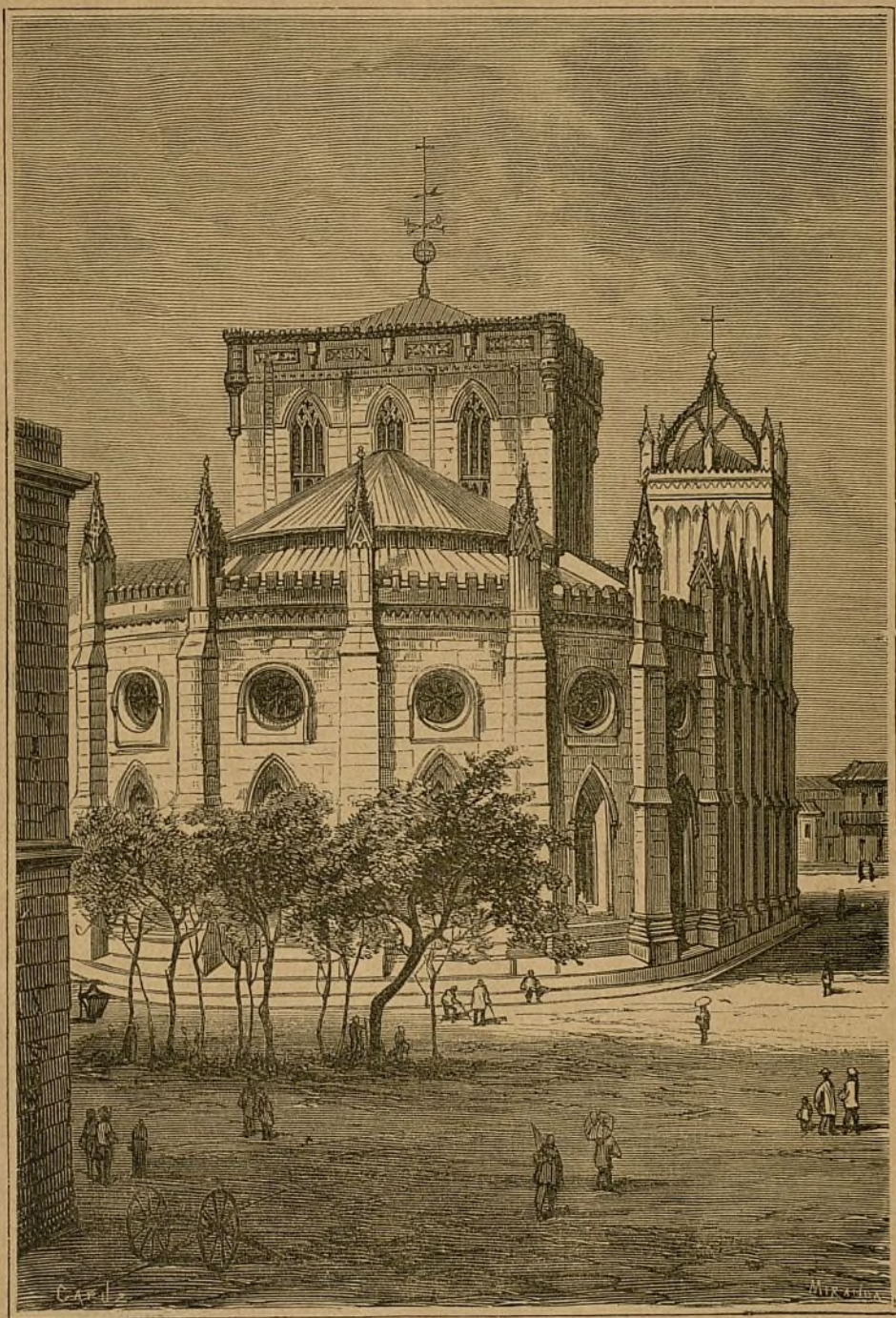
(DIARIO DEL RDO. DEQUETTE).

II.

Al siguiente día, para evitar la imprudente curiosidad de las turbas, nos pusimos en marcha muy de mañana, tomando el camino de Seul, á donde debían conducir-

me por disposición del rey. Quitáronme mis ataduras y me hicieron subir á una silla de manos.

El viaje, que duró cuatro días, lo pasé tal cual, y generalmente la actitud de las poblaciones del tránsito era buena. Todos querían verme, pero nadie me insultó; y aunque algunos trataron de alborotar el cotarro, los satélites las emprendieron con ellos á pedradas, y la cosa no pasó de aquí. Estos, por otra parte, continuaban en



MANILA (Filipinas).—Ábside de la iglesia de Santo Domingo. (Pág. 530).

apariencia tratándome bien. Conversábamos por el camino, en las posadas comíamos juntos, y recibía el mismo trato que ellos. Dábanme tabaco, y fumando tranquilamente con la pipa les hablaba de diversas cosas, de mi patria, de los inventos europeos, como ferrocarriles, buques de vapor, etc., etc., escuchándome ellos con gran interés.

—¿Viven aún tus padres? me preguntaban. ¿Cuál es

su edad? ¿Tienes hermanos? ¿Cuántos años se vive generalmente en tu país? ¿Qué distancia lo separa de Corea?... Pues tu madre vive todavía, ¿cómo se explica que la hayas dejado? ¿Es que no la amas? etc., etc.

A todo les respondía, y viendo sus buenas disposiciones les hablaba también un poco de religión, de la existencia de Dios, del alma, de los diez mandamientos, del cielo y del infierno.

—¡Excelente doctrina! me decían; pero ¡es impracticable! y además prohibida por el Gobierno bajo pena de muerte, ¿quién osaría seguirla?

Pedíles que me devolvieran mi breviario, y me lo entregaron sin dificultad y sin sospechar cuán precioso tesoro y qué fuente de consuelos debía ser para mí en lo sucesivo. Efectivamente, á partir de aquel momento y durante los cuatro meses de mi prision, pude rezar en él todos los días.

No se cansaban de repetirme en todos los tonos que estuviese tranquilo, que ningún daño se me haría y que me despedirían para la China; pero yo no les daba crédito, al contrario, acordábame de la carta del rey de Corea á los japoneses, en la cual les decía que si algún día los cuatro europeos que habían penetrado en el reino cayesen en manos del Gobierno pesaría sobre ellos todo el rigor de las leyes (1). Así es que cuando podía recogerme á solas no pensaba más que en prepararme para morir, haciendo nuevamente á Dios el sacrificio de mi vida, rogándole que me diese fortaleza y valor, una caridad paciente y generosa, fe viva y todas las disposiciones necesarias para confesar su santo nombre. Las mismas gracias pedía también para mis compañeros de cautiverio, que aunque lejos de mi compañía y encerrados en otra cárcel deberían sufrir las mismas pruebas y sostener igual combate. Suplicaba en fin al divino Maestro se dignase aceptar nuestro sacrificio y poner fin á la persecucion.

Oculto en mi silla de manos pasaba de este modo el tiempo, dando libre curso á mis lágrimas y engolfado en mil diversos pensamientos. Contemplaba nuestra

(1) Hé aquí el texto de esa declaracion hecha al Gobierno japonés, que quiso intervenir en favor del Ilmo. Ridel:

«Respuesta de los coreanos al Gobierno japonés.»

«Desde los primeros orígenes de nuestro reino observamos el decoro y la justicia, impidiendo y apartándonos de toda otra doctrina. Por eso, si hay quien se aleje del recto camino y se muestre rebelde, á nadie perdonamos, ya pertenezca á nuestro propio país, ya á un reino extraño.

«Así era cuando inopinadamente, en el invierno último, fué preso un extranjero (el Ilmo. Ridel) en la capital. Interrogado, dijo ser francés; y sentado en un sitio oculto, y tomando un libro, enseñaba á gentes desvergonzadas á ser audaces. Por eso, siguiendo las leyes del reino, debería haber sido condenado á muerte. Sólo que, como teníamos también presos muchos hombres de nuestro reino, nos disponíamos á ejecutar esa obra, y, difiriéndola de un día á otro, los reteníamos en prision. Llegó en fin un pliego del ministro de Cultos de vuestro elevado reino, que decía: «Habiéndonos rogado con muchas instancias el embajador francés que intervengamos cerca de la Corea á fin de que sea puesto en libertad el sacerdote de su misma nacionalidad, os enviamos ese despacho.» Nosotros le habíamos puesto ya en libertad y héchole acompañar á la ciudad de Fang-hoang. Segun hemos sabido ahora, el ministro plenipotenciario francés dirigió á vuestro noble reino repetidos despachos que decían: «Corre el rumor de que han sido presos cuatro ó cinco sujetos de nuestra nación.»

«Quedan, pues, aquí varios europeos que, viajando en secreto, aún no han sido detenidos. Si son presos, no hay modo de que se sustraigan al rigor de las leyes. Aquel reino está separado del nuestro por muchas decenas de miles de ri; además nuestras costumbres son muy diferentes y nuestro idioma imposible de comprender: ¿cómo es, pues, que los hombres de aquel país, viniendo furtivamente con desprecio de nuestras leyes prohibitivas, viajen á ocultas y se pongan en el caso de suscitar dificultades? Por esta vez, y conforme á los consejos de vuestro elevado reino, hemos obrado con indulgencia entregando al sacerdote extranjero. Mas en adelante, si se presenta otro hecho de este género, no permitiremos quebrantar las leyes del reino.»

querida Mision sometida otra vez á dura prueba, dispersos los cristianos y acosados como fieras; veía á los satélites lanzados por todas partes en su persecucion, cometiéndole á su paso vilezas sin cuento, infamias y atrocidades de todo género (1).

Como ya dije, en el momento de mi arresto tenía en casa algunas cartas y escritos coreanos que podían comprometer á muchos; y aunque logré tomarlos furtivamente y meterlos en mi faltriquera y entre mis vestidos, era necesario desprenderme de ellos por el peligro de que los descubriesen. Adopté, pues, un medio no muy expedito, pero que me salió bien. Tomando todas las cartas una por una, masqué el papel haciendo bolitas que dejaba caer en tierra por un agujero de mi silla, haciendo antes ojo alerta para que no me percibiesen. Esta pequeña estratagema me ocupó buena parte del viaje.

Cuando me prendieron ignoraba completamente la causa de mi arresto, ni podía explicarme cómo los satélites habían dado con mi residencia, apenas conocida entonces de los cristianos, pues hacia sólo quince días que la ocupaba. Mucho menos podía sospechar que entre aquellos hubiese un miserable traidor, como supe despues. Ese infeliz, llamado Tchoi, es natural de Moktchyen. Catecúmeno, ó al menos afirmando que quería estudiar, y furioso, segun se dice, por haber negado yo los Sacramentos á uno de sus parientes, so pretexto de querer él mismo ser bautizado informose con exactitud del lugar de mi residencia. Cabalmente se dirigió á mi esportillero, Pedro Kim, único de su pueblo, además del catequista, que sabía mi casa. Kim, excelente sujeto, pero confiado en demasía, se lo reveló todo; y provisto el traidor de tan precisos detalles fué derecho á la capital para denunciarme y volver despues á prenderme, sirviendo de guía á los satélites.

Así acaba de escribirmelo el Rdo. Robert, y con sus noticias concuerdan también las del Rdo. Blanc, quien añade que el traidor Tchoi, «habiendo descendido á Tjenla-to, desplegó mayor furia y maldad que los satélites, y propalaba por todas partes la noticia de que si no prendía á los demás europeos le iba la vida. De aquí todo su afán, aunque, á Dios gracias, sus diabólicos proyectos han fracasado en parte (2).»

(1) Pocos días antes del arresto del Rdo. Deguette escribía el Rdo. Blanc, provicario de la Mision:

«En cuanto á nuestros presos por la fe, tengo que anunciaros una mala nueva. Todos nuestros cristianos detenidos en las prisiones de la capital han sido estrangulados por orden del prefecto de policía, y sus cadáveres arrojados fuera de la ciudad. Advertidos de este desenlace tan trágico como inesperado, otros cristianos se apresuraron á recoger los cuerpos de sus hermanos, dándoles sepultura honrosa en la montaña donde reposan los restos preciosos del Ilmo. Berneux y de los mártires de 1866.»

(2) Anteriormente, en 19 de Mayo, había escrito el mismo misinero, Rdo. Blanc:

«Dios sea loado, y que su santa voluntad se haga siempre en todo y por todo. Esta mañana me ha llegado un correo de Seul con la noticia de que los satélites de la capital han sido enviados para prenderme con el Rdo. Deguette. Un miserable traidor fué á buscar al prefecto de policía de la capital, proponiéndole entregarme lo mismo que á mi compañero. El prefecto se avistó con el rey, quien dió la orden de prendernos... Acaba de llegar un neófito de K. trayéndome la noticia de que el Rdo. Deguette ha sido preso con las gentes de su casa. ¿Cuándo me llegará el turno? No sé nada. Me pongo enteramente en manos de la Providencia.

«No tengo tiempo para escribir más, porque me veo obligado á salir hoy mismo.»

Durante mi viaje á la capital tuve un encuentro que me causó indecible pena. Ví en el camino una pobre mujer con dos niñas que tendrían respectivamente siete y diez años de edad. Llena de fatiga se había sentado en tierra; con los codos apoyados en sus rodillas y la cabeza entre sus manos, parecía la imágen del dolor y de la tristeza. Toméla por una mendiga, y pasámos de largo; pero echándole otra mirada al tiempo que levantaba la cabeza para ver nuestro cortejo, reconocí al punto en ella á una de mis cristianas, que vivía en las montañas, á dos leguas de allí, en un pueblo donde pocas semanas antes había yo administrado los santos Sacramentos. Su presencia en dicho punto fué para mí toda una revelacion. Aquella infortunada era fugitiva, y su pueblo debió ser saqueado. ¡Pobre mujer! sin casa, sin ropa, sin dinero, sin recurso alguno, con sus dos niñas y en medio de paganos, ¿cómo vivir? ¡Cuántos cristianos, sin embargo, estarían en igual caso!

El 29 de Mayo llegámos á la capital. Como iba en silla cubierta y no era fácil adivinar quién iba dentro, pasé desapercibido. Condujéronme directamente al cuerpo de guardia dependiente de la prefectura de la izquierda, en donde fuí bien recibido.

Al anochecer comparecí ante el prefecto de policía, pero el interrogatorio fué esta vez muy sencillo y sin el aparato desplegado ante el Ilmo. Ridel y últimamente á mi presencia en Kong-tjyu. El juez me pareció un buen hombre: sus palabras eran sencillas, buenas y afables, y parecía simpatizar conmigo; de modo que pronto encontré grata su compañía. Tuve con él una verdadera plática familiar, algo semejante á las que tenemos con nuestros cristianos. Por otra parte, como me trataba bien, ponía yo especial cuidado en emplear en mis respuestas las fórmulas honoríficas, punto sobre el cual se muestran tan remirados los coreanos, y no hay que decir cuán complacido quedó con esto el juez.

—¿Sería de tu agrado, me preguntó, que te mandasen á tu país?

—Nó, respondí. He venido aquí para hacer conocer á Dios y predicar la religion á los coreanos, y para ayudar á los cristianos á salvar su alma; así es que tengo pocas ganas de volverme.

—Pero esta religion que predicas no la queremos, y el rey la prohíbe bajo pena de muerte.

—Que el rey la prohíba es un hecho, pero no le asiste el menor derecho: que vosotros no queráis estudiar la Religion, conocer y adorar á Dios, es posible, y día vendrá en que sufriréis las consecuencias; pero no podeis oponeros á los que reconocen á un Sér supremo y trabajan en salvar su alma, en lo cual consiste la verdadera sabiduría. De esos hombres llamados cristianos hay muchos en Corea (1), y por ellos principalmente he venido aquí.

(1) En 1.º de Mayo de 1879 escribía el Rdo. Blanc al Ilmo. Ridel:

«Todos hemos casi terminado nuestra administracion en los primeros dias de Marzo, y pienso que cada uno os hablará de sus cristianos: yo no diré sino algunas palabras de los que he conocido en mis visitas.

«Segun mi cuenta personal, he oido 3,108 confesiones, dado 2,452 comuniones, administrado el Bautismo á 33 adultos, y admitido 62 catecúmenos; para todo lo cual he necesitado hacer un camino de 400 leguas.

«La mayor parte de nuestros cristianos se encuentran en T., y su número; ¡ay! se halla considerablemente disminuido. Sólo en el año

Por último le dije:

—Una de dos: ó tratais de condenarme á muerte, ó quereis expulsarme del país. Si lo primero, dispuesto me teneis, y os aseguro anticipadamente que no os tendré odio ni la menor animosidad. Si segun vuestras leyes veis en mí un criminal digno de la pena de muerte, aunque ante Dios, Señor del mundo, el haber venido entre vosotros no me haga culpable de falta alguna, y aunque esa inícu ley de *condenar á muerte á los extranjeros* sea desconocida en los demás países, matadme enhorabuena, pero por favor descargad sobre mí toda vuestra cólera, y sea yo la única víctima; soltad á todos los cristianos que han sido presos; cesad de perseguir á los demás, y no mateis con tanta inhumanidad á hombres inocentes á quienes no podeis acusar de robo, de injusticia ni de cualquier otro crimen. Si, al contrario, renunciando á vuestro pasado y movidos por humanos sentimientos me dejáis con vida, si consentís en perdonar á un hombre que os es enteramente extraño y á quien creéis digno de muerte, decidme, ¿con cuánta mayor razon debeis compadeceros de vuestros hermanos y perdonar á los que son súbditos del rey, los más adictos, sumisos y fieles? ¿Podeis, en efecto, acusarles de desobediencia á las leyes, de sustraccion de fondos, de traicion alguna ó crimen de lesa majestad? Lo repito; matadme en su lugar, pero no les causeis el menor daño, si no quereis obrar contra todo derecho y razon!

Retiréme sin respuesta alguna, y volviéronme á mi encierro, donde pasé quince días, época de mi cautiverio en la que más tuve que sufrir; no porque recibiese malos tratamientos, pues todos los días me traían buena comida y muchas veces me decían que si necesitaba alguna cosa la pidiese sin reparo, sino que fatigado del viaje y poco acostumbrado á ese nuevo género de vida, y sobre todo sumamente debilitado por los trabajos de una larga administracion, no tenía entonces ni fuerza, ni apetito, siéndome imposible tomar alimento alguno (1). Naturalmente caí enfermo y llegué á arrojar por la boca tanta sangre, que dos ó tres veces creí morir. Noticioso el mandarin, procuróme algunos remedios; tomé tres ó cuatro medicinas, pero inútilmente, y cada día me debilitaba más. Por otra parte el local era muy reducido y nada favorable á mi salud. Faltábame aire y no podía dormir á consecuencia de las idas y venidas de los soldados, que durante la noche iban relevándose en el cuerpo de guardia, y querían todos conocer al nuevo huésped.

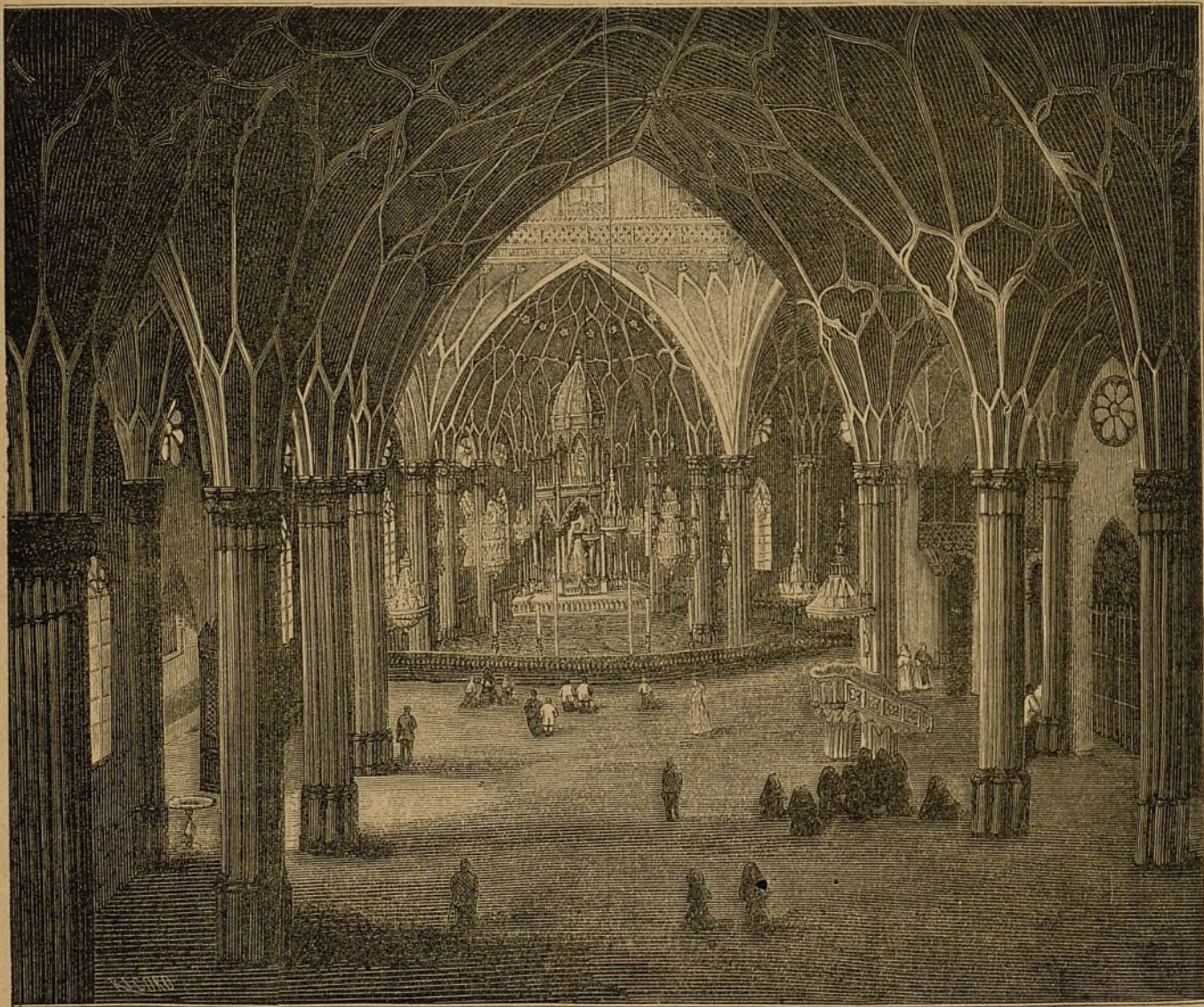
próximo podrán darse cifras exactas, pero creo no engañarme evaluando su número en 8,000: ¿cuánto dista esta cifra de los 25,000 que figuraban en el Informe de 1866! ¿Qué se han hecho los otros? Este es el secreto de Dios. Muchos permanecen hoy sin duda aislados, y sin comunicacion con sus hermanos. Otros tambien, sobre todo las mujeres, no han podido recibir los Sacramentos á causa de los paganos, en medio de los cuales habitan; y, contado todo esto, asusta, no obstante, los vacíos que la persecucion ha hecho en las filas del ejército de Cristo.»

(1) «El Rdo. Deguette, escribía otro misionero, es el único de nosotros que ha sufrido más por el aumento de trabajo que la visita de los cristianos nos ha traído. Preciado la mayor parte del tiempo á viajar y administrar los Sacramentos durante la noche; obligado á recorrer los distritos infestados por los satélites, ha afrontado las mayores fatigas y arrojado los más grandes riesgos. He sabido últimamente que aún no está repuesto de sus fatigas este querido compañero.»

Por fortuna me trasladaron á la prefectura de policía, poniendo á mi disposicion un vasto y magnífico local... tres piezas espaciosas y un hermoso patio, que á lo menos me permitian circular, tomar el aire y pasearme á mi gusto. Además la vigilancia era mucho menos severa. Tres meses y medio á poca diferencia permanecí en aquel encierro, y durante este tiempo fui recobrando la salud y las fuerzas, y pasé una vida bastante tranquila. Como es de suponer, no me faltaba allí la compañía de los satélites, soldados y otros empleados del Gobierno. Comiendo y bebiendo con ellos, durmiendo juntos en un mismo aposento, hablábamos tranquilamente de di-

versos asuntos, aunque muy poco de religion, pues noté que era del todo inútil.

Hay sin duda entre ellos hombres bastante probos, respecto de los cuales uno se pregunta interiormente por qué no son cristianos y cómo es que al oír hablar de Dios no quieren estudiar la religion. No obstante, aunque amables y complacientes, son corrompidos en sumo grado, poco formales, muy embusteros, y sus conversaciones y gestos son algo repugnantes; pero ¡paciencia! sí, y paciencia constante, cerrando los ojos á tales miserias, con lo cual y un poco de dulzura y de caridad consigue uno hacérselos amigos.



MANILA (Filipinas). — Interior de la iglesia de Santo Domingo. (Pág. 530).

—¡El Ilmo. Ridel! me decían á menudo; ¡qué hombre tan justo y bondadoso!

—Así son todos esos extranjeros, añadía cierto día uno de ellos: yo conocí á tal obispo, cuando fui á prenderle con otros de mis compañeros; conocí tambien á tal ó cual Padre, y todos sin excepcion eran como éste (y me señalaba con el dedo) hombres muy honrados, y por nada del mundo hubieran escamoteado una chapeca. ¡Ah! Europa debe ser por cierto un hermoso país!

¡Pobre gente! ¡Pobres almas esclavas del demonio! Son culpables, á no dudarlo, tanto más cuanto rehusan

tenazmente abrir su corazon á la voz del Evangelio. Dios en su misericordia se digna enviarles Pastores; pero ellos con orgullo sin igual, ó les dan muerte, ó les echan del país. ¡Ignorancia digna de compasion! Pero así y todo, ¡qué diferencia si, paganos como son, se les compara con nuestros malos cristianos de Europa, con nuestros cultos y civilizados libre-pensadores, empeñados como ellos en proscribir nuestra santa religion y moverle guerra impía!

ÁFRICA ECUATORIAL.

DE BAGAMOYO Á LOS LAGOS NYANZA Y TANGANIKA.

I.

DE TABORA AL LAGO VICTORIA-NYANZA.

(Continuacion).

Domingo, 8 : fiesta de la Inmaculada Concepcion.—No podia venir más á propósito tan hermosa festividad, pues en medio de los trabajos y dificultades que nos rodean necesitamos acordarnos que desde el alto cielo vela por nosotros la mejor de las madres. ¡ Alcáncenos la Inmaculada Virgen la gracia de llegar pronto á las regiones que debemos conquistar para su divino Hijo !

Hemos celebrado muy de mañana la santa misa en nuestro pobre albergue. ¿ Cuándo podremos ; oh María ! elevar aquí templos más dignos de Vos y de nuestros santos misterios ? ¿ Cuándo esta gran multitud de pueblos adorarán á vuestro amable Hijo y os proclamarán madre suya ?

Chibu, capitán de la caravana árabe, quien se titula amigo de Mtesa, viene por la madrugada á decirnos que, prolongándose su viaje más allá de toda prevision, le faltan perlas para dar el *pocho* (comida) á los diez hombres que llevan los bultos destinados al rey del Uganda; y aunque luego se retira sin pedirnos nada, su silencio es muy elocuente. Despues de consultar entre nosotros si debíamos acceder á su deseo, á pesar de nuestra pobreza convenimos en darle algunas perlas en obsequio á Mtesa, en cuyos Estados deseamos fundar nuestra primera Mision. Chibu nos promete hacer conocer al Rey del Uganda nuestras bondades con él.

Lunes, 9.—Dicen que la guerra se hace en diversos puntos, no muy léjos del pueblo en que estamos acampados; pero no habiendo vuelto aún ninguno de los guerreros, no tenemos noticias exactas.

Cinco de nuestros hombres se dirigen furtivamente al teatro de la guerra, y no vuelven hasta el anoecer. Les reprendemos severamente, y nos aseguran que han sido simples espectadores, lo cual creemos sin dificultad, pues los wanguanas son demasiado cobardes para exponerse tan frescos á hacerse matar.

Gran borrasca. Los bagajeros pedidos á Samui no han llegado todavía, no obstante haber prometido caminar día y noche.

Martes, 10.—A las cuatro de la mañana resuenan disparos de fusil en el interior del *tembé*. Son los *asharis* enviados á Samui, que anuncian su regreso con una descarga, bien intempestiva [por cierto en ocasion que todo el mundo está aquí en alarma. Vienen sin los bagajeros, pues en Samui temen tambien la guerra, y los habitantes de aquella tribu no quieren alejarse de sus hogares para conducir nuestros bagajes sino al exorbitante precio de 5 *dotis*; por cuyo motivo nuestros hombres no se han atrevido á contratarlos. En su virtud proponemos á Chibu que parta con su caravana y haga volver en seguida sus *pagaizis* á nuestro campo; pero nos contesta que es muy conveniente que los *wuasungus* tomen la delantera y que al momento nos enviará algunos de sus hombres para completar el número de nuestros bagajeros.

Levántase gran tumulto en el campo árabe. Acaso los

demás jefes de la caravana no piensan como el capitán. Sin embargo, vienen los bagajeros, y nos apresuramos á distribuir los paquetes; pero á los pocos momentos los referidos *pagaizis* vuelven á ser llamados por sus jefes. En vista de lo dicho, decidimos que los PP. Barbo. y Lourdel y el H. Amancio irán á Samui con nuestros antiguos bagajeros y los pocos unyamuezis que podrán presentarse. El P. Girault se quedará conmigo aquí en compañía de algunos soldados para guardar el resto de nuestros bagajes, que vendrán á buscar los mismos bagajeros. Por su parte los árabes se apresuran á poner en pié su caravana y juntarse á nuestros hombres, dejando aquí solamente siete bultos bajo la custodia de un wanguana.

El gran silencio que durante el día reina en el pueblo consternado no es interrumpido más que por el lúgubre canto de las mujeres y de los niños, que procesionalmente dan la vuelta al *tembé*, probablemente para que los genios se muestren propicios á sus guerreros, de los cuales todavía no se tienen noticias, no obstante la proximidad del campo de batalla.

A menudo vienen á pedirnos pólvora, pero nos negamos á entregarla.

Hoy hemos tenido un día hermoso, mas apenas llegada la noche ha estallado una violenta tempestad.

Miércoles, 11.—Viene á vernos un nyampara de los *pagaizis* que nos dejaron el sábado para marcharse á la guerra. Corona su cabeza un confuso monton de plumas de diversos pájaros y pelos de animales monteses. En tiempo de guerra los unyamuezis se esmeran en darse el aspecto más fantástico posible. Nuestro guerrero nos comunica que, mientras el hermano de Mirambo pasaba á fuego y sangre los pueblos amigos de Machimba, Metinguegnan habia caído sobre la misma tribu de Machimba; y para darnos una idea de los combates que se han sostenido, añadé que Metinguegnan ha consumido cinco barriles de pólvora (unas 30 libras). La guerra ha cesado sólo por algunos días, pues los vencidos se preparan ya para atacar á los vencedores en sus mismos hogares.

Todos los tambores del pueblo atruenan el aire para festejar la vuelta de los combatientes.

Jueves, 12.—La noche pasada hemos tenido otra fuerte borrasca. Ha huido uno de nuestros *asharis* llevándose su sable y muchas piezas de tela robadas á otros compañeros suyos.

Por un unyamuezi que vuelve del Unyanyembé sabemos que nuestros hermanos del Ujiji habian organizado ya el campo y se disponian á marchar.

A las ocho de la noche llegan nuestros bagajeros, en su mayoría hombres de la tribu de Samui, á quienes ha contratado el P. Lourdel por 2 *dotis*. El viaje ha sido feliz.

El hombre de Said-ben-Selim viene á decirnos que, habiendo ya llenado su mision, desea volver á tomar mañana el camino de Uyuy, y nos pide le entreguemos una carta que dé á conocer á su dueño los servicios que nos ha prestado.

Viernes, 13.—Hacemos todos los esfuerzos posibles para organizar lo más prontamente nuestra caravana, poniéndonos en marcha á las siete y media en direccion al Norte-Noreste y á través de un espesísimo bosque.

Las ramas que se cruzan por el estrecho sendero nos obligan muchas veces á inclinarnos profundamente, causándonos gran fatiga y haciéndonos insensibles al espectáculo de las bellezas que nos rodean: árboles gigantes, caprichosas guirnalda de enredaderas, sombras refrigerantes, laderas encantadoras. Nos habíamos metido en espesos matorrales, cuando repentinamente oímos detrás de nosotros á pocos pasos de distancia gritos amenazadores. Acudo inmediatamente con el P. Girault, y vemos una partida de negros bien armados á punto de venir á las manos con los tres ó cuatro *askaris* que iban con nosotros á retaguardia.

— ¡Ladrones! ¡ladrones! nos gritan nuestros soldados: quieren robarnos... vienen de Samui!

Encomendándome á María y á mi Angel custodio voy derechamente al que me dicen ser el jefe de la partida y que encaraba ya su fusil á uno de nuestros soldados. Desvío el arma y póngome á gritar que los *wuasungus* son amigos del sultan de Samui, y que queremos la paz y no la guerra. Por su parte el P. Girault se esfuerza en calmar los espíritus.

Al momento, deponiendo su feroz aspecto, claman que no atacarán la caravana de los *wuasungus* y que quieren ir detrás de nosotros; y luego, agrupándose al rededor de su jefe, tienen consejo. Asombrados de tan inesperado cambio, damos gracias á Dios por la visible protección con que acababa de cubrírnos. Los bandidos vuelven al fin hácia nosotros, asegurándonos que nada tenemos que temer de ellos, y que como prueba de sus buenas disposiciones se mantendrán detrás. Añaden que si otros nos atacan, ellos tomarán nuestra defensa. Confieso que, sin desconfiar enteramente de sus buenas palabras, preferiría pasarme sin semejante escolta.

Las colinas pobladas de espesura abren paso á una inmensa llanura pantanosa que las lluvias de los días precedentes han cubierto de agua y lodo. Despues de algunas horas de trabajosa marcha nuestros *pagaqis* sueltan su carga, amenazando con retirarse si no les concedemos al instante un *dotis* más de lo que habíamos concertado. En vano tratamos de hacerles entrar en razon, y no tenemos más recurso que acceder á su exigencia si queremos continuar nuestro camino.

Hecho el reparto, damos la señal de partir, y á las cuatro y media llegamos á orillas de un rio que va del Oeste al Este. Despues de atravesarlo á espaldas de nuestros hombres, que tenían agua hasta la cintura, hacemos alto á pocos pasos de la orilla.

Por la noche me ha dejado sorprendido el espectáculo de una multitud de insectos fosforescentes que revolotean junto al rio.

Los bandidos acampan con nosotros. ¡Guárdenos Dios!

Sábado, 14.— Levantamos el campo á las seis menos cuarto, y dirigiéndonos al Norte-Noreste á través de un llano abierto, llegamos á las nueve á un pueblo de la tribu de Samui, acampando en él. A su cabeza hay un managua, hijo del *mtemi*. Este último reside no léjos del camino que debemos seguir.

El managua nos envía un recado diciendo que quiere cobrar el *hugo* antes de tratar de este tributo con su padre. Despues de largas y enojosas discusiones, se contenta al fin con un *kanzu* árabe (ropa blanca de al-

godon), 12 codos de *chiti* y 2 dotis de *merikani*. En testimonio de sus buenas disposiciones con nosotros regálanos un magnífico buey, con gran júbilo de nuestros negros, que saben muy bien les tocará la mejor parte.

Domingo, 15.— Celebramos la misa antes de amanecer, y luego me dirijo con algunos *askaris* á la residencia del *mtemi*. Nuestros negros me habian asegurado que vivia cerca, muy cerca, lo cual no impide que caminemos más de una hora antes de llegar á su pueblo. El sendero que seguimos costea una cordillera de pequeñas colinas formadas de enormes pedruscos de granito sobrepuestos. Al pié de una de estas colinas se encuentra el pueblo donde reside el jefe de la tribu. Cráneos humanos, fijos en el extremo de largas estacas, son los únicos centinelas que guardan la entrada.

Nos introducen en el palacio del monarca, cabaña estrecha y oscura. Está ausente, y véome obligado á esperarle más de una hora. Llega al fin, y me encuentro con un negro de obesidad poco comun y que revela claramente que sabe anegar en las vasijas de *pembé* los cuidados de la administración. Le pido que nos proporcione bagajeros hasta Ussia, y le ofrezco como tributo un fusil de piedra y 4 *dotis*, no descuidando recordarle que le habíamos enviado ya dos piezas de tela.

Poco satisfecho del regalo, el *mtemi* comienza á dirigirnos interminables peroraciones para demostrarnos que necesita 10 *dotis*. Contesto á sus razones que es impropio de un personaje como él querer arruinar á los *wuasungus* y reducirles á mantenerse de yerbas. Pero mis palabras no le causan mella alguna, y si queremos *pagaqis* será preciso entregarle á lo menos otro par de *dotis*. Se los prometo, y entonces manda traer dos tarros de leche que mis soldados vacian en un abrir y cerrar de ojos.

Es ya medio día, y regreso al campo bajo un sol de plomo.

Llegan multitud de bagajeros, y el P. Girault toma nota de sus nombres.

CABO DE BUENA-ESPERANZA.

(ÁFRICA MERIDIONAL).

Han llegado á la colonia del Cabo los Trapenses que con destino al Sud del África partieron del convento de Mariastein en Bosnia, segun noticias del P. Fulgencio Rouzy publicadas en la pág. 378. El mismo religioso, que formaba parte de la piadosa caravana, refiere desde Port-Elisabeth los siguientes pormenores de su viaje:

Los Trapenses del monasterio de Mariastein en Bosnia habian sido llamados por el Ilmo. Ricards para fundar una casa en su diócesis, que abarca toda la parte oriental del Cabo de Buena-Esperanza, llamado *Captland*. Este proyecto es hoy un hecho, pues el 30 de Julio último llegábamos á esta nueva Tebaida treinta y un Religiosos, comenzando desde luego á instalarnos.

La estacion es favorable en esta latitud Sur. Estamos en pleno invierno y en los días más cortos, así es que en los primeros días de Agosto sale el sol á las 7 y 7 minutos y se pone á las 5. Las veladas son frescas, las noches bellas y estrelladas, las mañanitas frias; pero durante el día la temperatura es muy benigna. Si así es en invierno, ¿qué será en verano, durante los meses de Enero y Febrero? Más adelante podré decir algo de es-

te país casi despoblado, de esta inculta soledad, lo que hacemos y lo que esperamos. Hoy hablaré de nuestro viaje á través del Atlántico y de nuestra llegada á Dunbrody, lugar de nuestra residencia.

El 1.º de Julio nos embarcábamos en el *Dwarf Castel*, magnífico vapor de 100 metros de longitud, perteneciente á una Compañía encargada del servicio regular hasta Natal, pudiendo esperanzarnos que haríamos la travesía segun nuestros deseos, pues todos los pasajeros, á excepcion de una señora, estaban bajo la dependencia de nuestro Obispo. Acompañábanle dos presbíteros, un diácono, dos religiosas y ocho novicias dominicas: los treinta y un Trapenses llenaban la sala de segunda clase. A las siete de la noche nuestro buque dejó el fondeadero para entrar en el Támesis. Estábamos todos sobre el puente guardando el mayor silencio, risueños los semblantes y dispuestas las voluntades á todo linaje de sacrificios. Por otra parte el caudaloso rio nos distraía gratamente con su multitud de embarcaciones, con sus talleres y fábricas que se suceden sin interrupcion en cada orilla. Lo avanzado de la hora no nos permitió gozar sino á medias de este grandioso espectáculo de la industria y de la riqueza.

El día 2, á las ocho de la mañana, nos encontrábamos en frente de Duvres. El 3 nos detuvimos seis horas en Dartmouth, última tierra inglesa, de donde tomámos directamente la línea del Cabo. No obstante, á las ocho de la mañana tocábamos en Madera, deteniéndonos cuatro horas en la rada. El golpe de vista era magnífico: la parte baja de la isla está bien cultivada y presenta un risueño aspecto con sus árboles, sus campos, sus jardines y viñedos y sus casas graciosamente situadas. En aquellos momentos el sol levante proyectaba sus rayos á torrentes, y no nos cansábamos de contemplar tan grandioso panorama. El día 9 pasámos entre las islas Palma y Gomera del archipiélago de las Canarias, descubriendo á lo léjos hácia el Este la cima volcánica del gran Tenerife, que se eleva á 3,700 metros sobre el Oceano. El 12 nos encontrábamos en frente del Cabo Verde y bastante cerca para percibir claramente los árboles de aquella costa malsana y poco menos que inhospitalaria. Era aquella la última tierra que debíamos divisar hasta la ciudad del Cabo, y era aquel tambien el último día hermoso de que gozábamos.

Por la tarde comenzó á soplar con furia el viento de Mediodía y negros nubarrones se amontonaban sobre nuestras cabezas. Pléganse las velas, asegúranse las jarcias, examinase minuciosamente la cubierta del buque, cuando de repente y por espacio de dos largas horas nos vemos inundados por una lluvia torrencial. Cesa al fin, pero no cede la borrasca, y para animarnos nos participan que continuará de igual manera hasta el Cabo, es decir durante quince días no más. Parece, en efecto, que el viento Sud sopla en estos parajes casi todo el año. Solamente los buques de vapor osan aventurarse en ellos, pero la mar está tan revuelta y la nave tan fuertemente agitada en todos sentidos, que casi no es posible dormir, ni comer, ni estar sentado y mucho menos en pié: en fin, es necesario experimentarlo para poderlo apreciar debidamente.

El día 15, á las once de la noche, cruzámos el ecuador en el mayor silencio. En pleno sol hubiera uno po-

dido entretenerse colocando un cabello sobre el vidrio de unos catalejos y haciendo que los inexpertos ojos de algun buen Hermano converso descubrieran así la *línea*; pero la oscuridad era profunda, y ni las estrellas se percibían.

El 27 por la mañana nos mostraron un punto negro que dominaba en el horizonte las olas del agitado mar: era la extrema tierra del África. El cielo estaba sereno, el viento habia amainado un poco su furia; el sol, todavía oculto debajo de las aguas, comenzaba á esparcir sus purpurinos matices; todo, en fin, nos prometía un día hermoso que nos desquitase de todos los pasados. Comienza á rodearnos una gran bandada de aves acuáticas, y nos siguen como para ofrecernos agradable distraccion. Pronto distinguimos claramente las montañas que dominan la ciudad del Cabo (Cap Town), y luego despues algunas casas cuya blancura resalta sobre un fondo de verdor. Vémonos ya libres del viento; la mar está tranquila y ligeramente mecida como la superficie de un apacible lago. Todos estamos en el puente. ¡Ah! ¡cuán grato es ver de nuevo tierra despues de quince días de penoso navegar! Hé aquí otra especie de aves acuáticas del tamaño de una gallina de agua, de vuelo pesado, negro plumaje y cuello prolongado. A primera vista nada tienen de agradable, pero pronto nos complacemos en seguirlas en sus evoluciones, tales son nadar, retozar en la superficie de las aguas, remontar el vuelo, bajarlo de nuevo, zambullirse, reaparecer de improviso, sumergirse otra vez como para huir el bulto más prontamente al acercarse el buque. El admirable cuadro que á nuestra vista se desenvuelve arranca de nuestros corazones la expresion del Profeta: *Quam magnificata sunt opera tua, Domine!*

A las dos y media manda el capitán echar el ancla: estamos en la bahía, frente de Cap Town, ciudad de 35,000 almas y residencia del gobernador de la colonia inglesa, llamada *Capland*. Viene á bordo el obispo, seguido de muchos sacerdotes y seglares, para saludar al Ilmo. Ricards y darle la bienvenida. Obtenido permiso para hablar con un buen Hermano marista, superior del floreciente establecimiento que tiene esta Congregacion en la ciudad, conversamos un poco sobre nuestra patria y sobre los Hermanos Maristas, que cuentan aquí 500 alumnos en sus dos escuelas primaria y superior, pertenecientes la mitad de ellos á familias protestantes: ¡hermoso triunfo en verdad!

Despues de tres horas de descanso, vuelta á navegar. La tarde es hermosa y el tiempo apacible, y los dos días que debemos pasar en el buque parece han de sernos favorables. El día 28 á las cinco de la mañana estamos en frente del cabo de Agujas, extrema punta del África meridional. Hábiame figurado que estos parajes estaban continuamente erizados de tempestades y de naufragios, y que tal vez nuestro viaje acabaria violentamente. Sin embargo, este Cabo, llamado por lo comun «de las tempestades», se nos muestra tan benigno como cualquier otro, y hemos tenido una travesía fácil y feliz.

Nuestra llegada á Port-Elisabeth es una verdadera fiesta, un acontecimiento para toda la comarca. Hacia un año que el Ilmo. Ricards estaba ausente, y los periódicos habian anunciado al par de su vuelta la de numerosos monjes agricultores, excitando esto la curiosidad

general. Así es que el 29 á medio día, apenas hubimos anclado en la bahía de Algoa, vimos acercarse multitud de barcas conduciendo sacerdotes y seglares ansiosos de saludar á su amado Obispo y de ver á los Religiosos. Una gran muchedumbre llena la playa y el muelle en toda su longitud, y la alegría es general. Un vaporcito nos recibe á todos y nos transporta al desembarcadero, en donde nos ayudan á saltar en tierra varios caballeros á quienes una rica insignia en la que están bordadas las armas de san Pedro y de san Patricio designa como miembros y representantes de una asociacion religiosa. Un hermoso pendon, en el que brillan las mismas armas, abre la marcha de la procesion, formada por los miembros de la Asociacion católica y otros muchos individuos en traje negro. Precede el clero al señor Obispo, acompañado de sus tres nuevos misioneros y seguido de los Trapenses. Como es de suponer, nos dirigimos á la iglesia, erigida en el flanco de la colina, á través de una compacta y recogida muchedumbre. Rodéanos el más profundo silencio, lo cual me admira al principio, pero pronto comprendo que es de rigor en medio de una poblacion mixta de 15,000 almas, de las cuales apenas 2,500 son católicas. El Prelado se reviste con los ornamentos pontificales para la exposicion del Santísimo Sacramento, mientras el órgano, completo, rico y sonoro, comienza á verter torrentes de armonía, trayéndome á la memoria mi patria y todos los goces y emociones que en ella habia gustado. Pero el sacrificio está hecho, y lo renuevo en presencia de Jesús, rogándole se digne aceptarlo.

El Ilmo. Ricards nos habia reservado el honor de cantar el *Te Deum* en accion de gracias delante del santísimo Sacramento, y lo hicimos de todo corazon. Allí estábamos, sanos y salvos, en esta tierra africana, en medio de católicos dignos de este hermoso dictado, á las puertas de esta inmensa diócesis, en la que debemos llenar un gran ministerio de civilizacion y de religion.

El venerable Prelado nos condujo despues á las salas de escuela de los Maristas, en donde encontramos mesa preparada, colchones y mantas, todo segun las reglas de la pobreza religiosa; de manera que nada les costó á nuestros Hermanos conversos prepararnos la cena, una verdadera cena de Trapenses.

Su Ilustrísima quiso además hacernos partícipes de la encantadora fiesta de familia que le habian preparado las religiosas Dominicas. No podíamos asistir todos, y lo hicieron en representacion de toda la colonia el reverendo Padre Prior y sus cuatro sacerdotes. Nada puedo decir del exterior del convento, de su estructura, de su huerta y jardin. Eran las seis y media, y aquí en tal época y á tal hora la noche es profunda. Empero la sala de recepcion, iluminada con gas, era bella, muy espaciosa, adornada con verdes guirnaldas y diversas inscripciones.

El Prelado ocupó un sitio colocado en el centro; cerca de él se colocaron sus sacerdotes y varios caballeros, y en segunda fila los Trapenses con otros sujetos, las Religiosas y novicias, y varias señoras. En frente de S. I. habian colocado un piano, un armonium y vihuelas; y á cada lado las alumnas de la casa, risueñas todas, pero impotentes para disimular su origen extranjero. Encantado quedé al oír los trozos ejecutados por las

alumnas mayores y cantados por todas. Terminado el programa y dando el Prelado la señal de partida, se confundieron todos los circunstantes formando varios grupos en los cuales se hablaba inglés, alemán y francés.

A la mañana siguiente, día 30, celebrámos misa, comulgando todos con el fervor que parecia exigirnos especialmente aquel día, pues debíamos llegar á Dunbrody, término de nuestro viaje. El Ilmo. Ricards, que tan delicadas atenciones nos guarda, quiere aún, despreciando la fatiga que le abruma, acompañarnos, ó más bien marchar á nuestra cabeza hasta la última etapa, y asegurarse con sus propios ojos de si nos falta algo de lo indispensablemente necesario. A las seis de la mañana viene á buscarnos, á conducirnos á la estacion del ferrocarril y distribuirnos los billetes con el más paternal sonris. Partimos á las siete menos cuarto dirigiéndonos al Noroeste hácia Vitenhague, poblacion de 4,000 almas, y continuamos en seguida directamente hácia el Norte. A las nueve y media bajamos en Blenecliff, á 43 millas inglesas de Port-Elisabeth. Un carromato, arrastrado por siete pares de bueyes, recibe nuestros bagajes, y luego nos ponemos en camino, guiados por un cafre, á través de un país completamente desierto.

Una hora poco más ó menos basta para tocar en este apartado rincon del mundo, en donde debemos vivir segun nuestra regla, agricultores y monjes á la vez. Hétenos al fin sobre una meseta que domina á lo lejos la comarca que la rodea, y allí cerca un modesto albergue: es Dunbrody, la primera Trapa fundada en el Africa meridional. ¡Plegue á Dios hacerla fecunda para su gloria!

Nos consagramos á María, nuestra Madre amada, con el canto solemne del *Ave Maria*. Entonces el señor Obispo deja escapar de su corazon palabras llenas de emocion y de esperanza. Manifiesta haberse cumplido sus más ardientes deseos, hay fervorosos monjes en el centro de su vicariato, hay obreros generosos, hay Trapenses para orar en nombre de todos, de día y de noche. Añade que vendrán sucesivamente él y sus sacerdotes á recogerse en el silencio para llevar dignamente el peso de las responsabilidades con que Dios le ha cargado. Y al mismo tiempo que eleva sus manos y sus ojos al cielo, el venerable Pastor hace descender sobre nuestras frentes inclinadas una bendicion abundante en gracias para nuestra prosperidad material y nuestra más perfecta santificacion espiritual.

Más adelante referiré nuestros primeros trabajos de instalacion y de desmontes, pues en Dunbrody todo está por crear; es una soledad, un desierto en el cual hemos visto ya al elefante, al cocodrilo, al jabalí, al mono, sin hablar de lo que nos resta ver.

CANADÁ.

El Rdo. P. Jorge Ducot, oblató de María Inmaculada y misionero de Good-Hope (Athabaska-Mackenzia), escribe con fecha 1.º de Mayo del corriente año:

Habiame propuesto evangelizar á los indios que pueblan la selva situada entre el lago del Oso y el de los Bosques, y segun todos los indicios confiaba encontrarlos despues de seis jornadas de camino. Necesitaba, por tanto, víveres suficientes, no sólo para mi doméstico y

para mí, sino tambien para mis cuatro perros, y tuve que pedirlos prestados á un caritativo agente de la Compañía de la Bahía de Hudson, quien, no menos persuadido de que podría yo llegar á término en cinco dias, creyó hacer mucho dándome víveres para seis. Añadí por mi parte lo que tenia, debiendo bastar todo junto para una semana, y partí el 17 de Marzo, fiesta de san Patricio, apóstol de Irlanda.

Durante la primera jornada sólo topé con la dificultad de llegar al sitio donde comenzaba nuestro camino, siendo preciso marchar por la nieve blanda, lo cual es muy trabajoso, tanto para las personas como para los perros que arrastran el trineo. Felizmente no tardamos en llegar al buen camino, y aunque la nieve lo cubria del todo y el ojo no podia distinguirlo, bastante nos lo manifestaban los piés; pues por poco que uno se desvie, húndese hasta la mitad de las piernas. Por la noche acampámos al raso, como de costumbre, teniendo por todo lecho ramas de abeto, por comida las provisiones que llevábamos, y como bebida té, por supuesto sin azúcar.

En la segunda jornada nuestro viaje comenzaba ya á complicarse; pues el viento habia barrido la nieve sobre los caminos y los lagos, endureciéndola de tal modo que no podíamos percibir las huellas de los indios que nos habian precedido quince dias antes. Para encontrar su camino en esos lagos, el viajero planta ordinariamente en la nieve, á lo largo del sendero que ha trazado con su rústico calzado de cuero, algunas ramas de abeto que puedan verse de lejos. No se habia descuidado esta precaucion, pero el viento y la nieve todo lo habian derribado, y esto nos hizo perder mucho tiempo.

Despues de largas horas de tanteo y de vacilaciones, llegámos á medio dia á una encrucijada, lo cual nos llenó de confusion y perplejidad, pues por una parte el verdadero camino estaba barrido, circunstancia que parecia indicar que no debíamos pasar adelante, y por otra el camino libre no era ciertamente el que acababan de seguir nuestros indios, pues no percibíamos la menor huella de trineo. En fin, despues de encomendarme al sagrado Corazon de Jesús, tomé la senda que ví libre y que resultó ser más larga, aunque en cambio pude procurarme víveres más abundantes para mis perros.

Las mismas dificultades encontrámos para orientarnos el tercer dia de viaje. Con todo, por la noche llegámos á un campamento, pero mis pobres perros, extremadamente flacos, estaban extenuados.

Al quinto dia nos extraviámos de tal suerte, que despues de muchas horas de buscar en vano resolvimos volvernos á la Mision. Empero no podia resistir al pensamiento de que era aquello un ardid del demonio, pues de no realizar mi propósito ¡cuántas almas dejarían de cumplir con sus deberes religiosos! En mi ausencia moriría tal vez algun salvaje privado de los santos Sacramentos, únicamente por mi cobardía y desaliento en vencer las dificultades con que tropezaba... Dejé, pues, que mi doméstico terminase su comida, y quise tentar otra excursion en busca de mi camino, hasta que por último, despues de tres cuartos de hora de exploracion, percibí un surco medio borrado que indicaba el paso de un trineo, y cabalmente era el camino que necesitaba. Di gracias á la Bondad divina y tomé aquella direccion.

Hasta la noche todo fué bien. Al dia siguiente, lunes, esperaba encontrarme, si no entre nuestros pobres salvajes, al menos cerca de su campamento; pero á medio dia, despues de atravesar á la ventura un inmenso lago, nos perdimos otra vez, costándonos más de tres horas orientarnos. Nuestras provisiones comenzaban á escasear, pero la esperanza de llegar al campo á la mañana siguiente nos infundió ánimo, y despues de algunos tanteos descubrimos al fin con la ayuda de Dios la verdadera senda. Al parecer todo iria bien: segun nuestros cálculos no tendríamos que atravesar ya grandes lagos, y al dia siguiente, ó á lo más el inmediato, habrian terminado nuestros apuros. A lo mejor sobreviene un accidente de nuevo género: uno de mis perros, el mejor de los cuatro, cae extenuado. Lo desuncimos, procuramos reanimarlo con un poco de fuego y dándole que comer, y luego lo abandonamos á sus propias fuerzas; pero á fin de que pueda cuando menos reunírsenos en el campamento retardamos dos horas nuestro camino. Al dia siguiente negóse á todo servicio y nos vimos obligados á arrastrar el trineo.

El jueves siguiente, noveno dia de viaje, se agotan los víveres y damos á nuestros perros un saco de piel por toda comida. ¡Ah! en vano buscan nuestros ojos el campamento de los salvajes, ó rastros de su proximidad.

Al amanecer del undécimo dia murió uno de los perros, y por la noche los otros tres, ya sin fuerzas, me obligaron á sepultar en la nieve el trineo y capilla portátil y á cargar en mis hombros mis mantas de viaje; otro tanto hizo mi doméstico, y hétenos á los dos caminando á más y mejor. Sin embargo, aún va todo á maravilla, y aunque comienzo á estar algo inquieto, no me abandona la esperanza de encontrar á nuestros salvajes.

En fin, el duodécimo dia, despues de repetidas contramarchas, llegámos á un campamento, pero ¡ah! estaba desierto, y para colmo de desgracia nos es absolutamente imposible distinguir la continuacion del camino... ¡Calculad mi pena, mis temores y mis angustias!... Hallábame á doce jornadas de mi Mision, en un país desierto, perdido en los bosques, sin esperanza humana de encontrar auxilio sino en una choza de indios distante diez jornadas, sin más víveres que dos libras y media de carne y una corta cantidad de harina, y además tres perros muertos ó perdidos, habiéndonos seguido uno solo.

En tan tristes circunstancias nos arrodillámos en la nieve, y despues de levantar nuestros corazones á Dios resolvimos retroceder, imaginando contra toda esperanza reunirnos con los indios dentro cuatro dias. Tomada esta decision nos parecia habérsenos descargado de un enorme peso nuestro corazon. Y sin embargo, ¿cómo era posible que con tan escasa comida, extenuados por la abstinencia y la fatiga, pudiésemos recorrer tal distancia?... Dios vino en nuestra ayuda. Por la noche me acosté sin probar bocado; á la mañana siguiente hice matar al único perro que la Providencia nos habia conservado, y comimos un poco de aquella carne, que me pareció muy buena, aunque algo flaca y dura. Nuestras comidas eran tan parcas que con dos libras de carne tuvimos para siete veces. El dia de Pascua y á pesar de un voraz apetito nos contentámos con harina hervida.

Al día siguiente encontramos en un hoyo abierto en la nieve una vejiga llena de sangre de *orignac* (1); hicimosla hervir, y tuvimos para dos comidas. El mismo día tuvimos un nuevo hallazgo: la piel de la cabeza de un *orignac*, devorada ya en parte por un lobo ó un *carcaju*, y que sirvió para nuestra cena. Gracias á estos dos socorros inesperados pudimos llegar á la morada de los salvajes despues de seis días de marchas forzadas. Allí compramos algunos víveres, y dos días despues, el 4 de Abril, estábamos de vuelta á la Mision, pudiendo á duras penas tenernos en pié.

Nuestro primer cuidado fué dar gracias á Dios por su especial proteccion. Muchas veces habia visto tan próxima la muerte, que estuve á punto de extender mi testamento con el lápiz y escribir mis últimas cartas, pues no tenia otra esperanza que la de morir helado en mitad del camino. Empero un consuelo reanimaba mi valor, y es que en todo esto me parecia haber cumplido solamente la voluntad divina, y que si moria en aquella empresa, hubiera á lo menos dado mi vida por mis ovejas.

Al presente aguardo aquí á mis caros indios, muchos de los cuales han venido ya á verme. ¡Que Dios me tenga en cuenta las privaciones y angustias de mi viaje, y que bendiga mi apostolado entre mis queridos neófitos!

NUEVA-CALEDONIA.

El Rdo. P. Gaide, de la Sociedad de María, escribe desde Numea el 3 de Setiembre último:

Quiero confiaros mis tristezas y deciros la agonía de la Mision de Maré, y plegue á Dios ahorrarme el dolor de anunciaros pronto su muerte!... Desde el 17 de Julio una guerra de destruccion asola el campo que tan felizmente cultivaba, y esto os explicará por qué estoy en Numea hace seis días.

Diré antes algunas palabras sobre la Mision que me está confiada. La isla de Maré, peñascosa y llena de bosque cerca del mar, es en el interior una vasta llanura inculca y cubierta de hierba y de algunos matorrales.

Tenemos en ella tres parroquias:

- 1.^a La Roche (la Visitacion) al Norte de la isla, distante cinco minutos de la playa y llamada así con motivo de una roca muy alta, verdadera fortaleza natural cuya cima tendrá una superficie de dos á tres hectáreas;
- 2.^a Penelo, distante tres horas al Este de la precedente, y abraza cuatro pueblos con una poblacion de 360 católicos y poco más de 100 protestantes;
- 3.^a El Sagrado Corazon, ó Medon (nombre de la tribu), á orillas del mar y á cinco horas al Sud de la Roche.

La parte occidental de la isla es enteramente protestante.

Despues de estos detalles necesarios, continuaré mi relacion. Una cuestion de territorio, arreglada ya el año anterior por el Presidente de los Loyalty, promovió en 17 de Julio pasado una riña entre algunos católicos y otros protestantes de la parroquia del Sagrado Corazon. A consecuencia de ella corrieron estos últimos á tomar sus macanas y azagayas, y vinieron á presentar batalla á los católicos, quienes contestaron:

(1) Nombre que dan en el Canadá al danta, cuadrúpedo fácil de domesticar y cuya carne es muy apreciada de aquellos naturales.

—Estamos en casa, y si nos atacais nos defenderémos. Los protestantes replicaron:

—Hoy es sábado: hasta el lunes, hasta pasado mañana.

El jefe del pueblo protestante envió luego emisarios á tres tribus vecinas reclamando su ayuda contra los católicos.

El domingo, 18 de Julio, víspera del día señalado por los protestantes, los católicos de la mencionada parroquia, segun costumbre del país cuando amenaza guerra, enviaron las mujeres y los niños á los bosques, y hasta los hombres se retiraron á una hora de distancia del mar. Al amanecer del día siguiente el P. Beaulieu se presentó entre ellos, y para evitar el derramamiento de sangre determinóles á dejar el país y refugiarse en la Roche, tomando luego él mismo el camino que conduce á la playa donde están la iglesia y la residencia del misionero.

Apenas hubo dado algunos pasos encontró á Luís, intérprete del Presidente, isleño que gracias á una permanencia de tres años en Lóndres habla y escribe bien el inglés. Este, momentos despues, se avistaba con Leoncio, católico y propietario del terreno invadido por los protestantes; y fingiendo ignorarlo todo, interrogóle sobre los sucesos del día. Ocho católicos que estaban á corta distancia, confiados en demasía, dejaron sus macanas y azagayas, acercándose á los dos interlocutores. Apenas Leoncio habia pronunciado algunas palabras, cuando el enemigo acometió de improviso á los nueve católicos, matando á cuatro é hiriendo malamente á otro, que sin embargo consiguió salvarse, pero murió al cabo de cinco días de resultas de sus heridas. Los cuatro restantes pudieron escapar.

Los católicos, que se hallaban delante, en el camino de la Roche, huyeron entonces atemorizados á la selva. Persiguiéronles sus enemigos, pero fatigados al fin por una correría infructuosa retrocedieron, pasando la noche á la entrada del bosque.

Mientras esto ocurría, tres jóvenes que iban de Penelo al Sagrado Corazon, ignorantes de los sucesos del día, entraron en el campo enemigo, y al reconocer á los protestantes echaron á correr. Perseguidos al punto, uno de ellos quedó en su fuga separado de sus compañeros, y un protestante que le iba á los alcances le gritó:

—Detente y reconóceme; soy Matías.

Paróse confiado el infeliz, y al punto penetró en su pecho una azagaya. Tuvo aún fuerza y valor para romperla en la misma herida y correr otra vez; pero Matías reunió los restos del arma, hirióle de nuevo en el costado derecho, y acabó con él á golpes de hacha. Matías es un cristiano apóstata y primo hermano de la víctima.

A la mañana siguiente vino una tribu del Oeste á juntarse á sus correligionarios, y partieron todos para Penelo, á donde habia regresado por la noche el P. Beaulieu. Apenas hubieron llegado comenzaron á incendiar las chozas, aprovechando la ausencia de los católicos ocultos en los bosques, no por temor, sino por obediencia á las órdenes del Presidente. El P. Beaulieu fué insultado; la iglesia, la hermosa iglesia de piedra que tantos sudores y trabajos ha costado, fué invadida y profanada; la sacristía saqueada, robados los vasos sagrados, y los bancos y sillas de la iglesia destrozados. Nuestros

NUEVA-NURSIA.

HISTORIA DE UNA COLONIA BENEDICTINA EN LA AUSTRALIA OCCIDENTAL.

PARTE SEGUNDA.

CAPÍTULO IX.

Visitas. — Construcción de chozas. — Combates. — Castigo de los crímenes.

enemigos se derramaron al punto por los pueblos circunvecinos, mientras nuestros pobres neófitos, al favor de la oscuridad, corrían en masa á la Roche, á donde llegaron á media noche transidos de frío.

El mismo camino tomaron también los protestantes, mas por un favor del cielo detuviéronse á dos horas de la Roche y se dirigieron hácia el Sud, saqueando é incendiando los pueblos y destruyendo las plantaciones.

El 23 de Julio ocurrió un nuevo encuentro, en el que fueron cogidos y muertos cuatro hombres, doce niños y una niña, arrancados unos de los brazos de sus madres y aplastados contra las rocas, y derribados otros á golpes de macana. Nunca, ni en tiempo del paganismo, se vió igual en la isla de Maré.

Dos jóvenes madres se han refugiado en la Roche en un estado de desolacion imposible de describir. Cada una tenia un niño de dos años y medio y una niña de pocos meses.

—¿En dónde teneis vuestros hijos? les preguntaban.

—Nada sabemos. Habíamos ido á sacar agua; ha pasado el enemigo; cuando volvíamos nuestros hijos habían desaparecido.

Y al decir esto caían rendidas de fatiga y de hambre, y sobre todo de dolor. Uno de los niños ha perecido; el otro se ha salvado, y las dos niñas quedaron prisioneras, pero fueron restituidas á sus madres cinco ó seis dias despues.

Nuestros neófitos llegaron á la Roche casi desnudos, con el cuerpo destrozado á fuerza de arrastrarse por los bosques; muchos han caído desfallecidos por el camino, pues no pueden seguir sendero alguno por temor de ser sorprendidos y muertos.

Noticioso de lo que ocurría, el Presidente volvió presuroso á Maré y envió inmediatamente un vapor á Numea para advertir al gobernador Sr. Courbet, que hacia pocos dias habia llegado á la colonia. Este dirigió en seguida á Maré otro buque, el *D'Estrées*, con abundantes provisiones de arroz y de bizcocho. Iba á bordo el señor Vandelet, sustituto del procurador de la República, que abrió inmediatamente una sumaria.

Pasados tres ó cuatro dias el *D'Estrées* volvía á Numea conduciendo trece de los principales culpables; pero no fueron cogidos todos, y el enemigo continúa devastando el país.

El resultado de esta espantosa guerra ha sido: 23 católicos muertos, entre ellos 13 niños que no habian llegado todavía al uso de razon; 6 pueblos católicos entregados al saqueo y al incendio; 650 católicos arrojados de sus moradas, quedando sin habitacion, sin ropa, sin muebles y sin plantaciones; 2 establecimientos de la Mision, iglesias y residencias, completamente devastados.

Actualmente no se han hecho todavía paces y nuestros católicos no pueden volver á sus viviendas, pues el enemigo sigue recorriendo el país y señalando su paso con el pillaje y el incendio.

Despues de la guerra nuestros neófitos sufrirán hambre. Verdad es que hoy tienen víveres, gracias á la generosidad del señor gobernador; pero es ocasion de plantar la batata, y los campos no están preparados.

Aunque sumidos en los últimos grados de barbarie, los australianos observan entre sí ciertas formas de urbanidad que se creería aprendidas de las naciones civilizadas. Cuando los salvajes van á un distrito lejano á visitar una familia amiga, no se presentan á ella al instante, sino que, al llegar á una distancia determinada por las reglas de la etiqueta australica, se sientan así que han sido vistos y deponen sus armas en tierra, apoyándolas contra un árbol, para manifestar sus intenciones pacíficas. El jefe de la familia, acompañado de uno de sus hijos ó hermanos, adelántase entonces, con las armas en la mano, hácia los recién llegados, y luego de reconocidos los conduce en silencio cerca del hogar. Una vez sentados todos, cámbianse algunas palabras y hácese comun la caza ó las raíces que se han podido recoger durante el dia, aunque no quedara bastante para todos los miembros de la familia visitada. Esta ley de la hospitalidad se observa siempre fielmente.

Como todos los pueblos nómadas los australianos no tienen habitaciones fijas. Sin embargo, cuando amenaza lluvia, el salvaje encarga á su mujer le construya una choza provisional. Hé aquí cómo se arregla. Despues de reunir á toda prisa algunas ramas muertas las coloca en una decena de hoyos dispuestos en círculo en el lugar indicado por su marido, sirviéndose del *uana* para ahondarlos. Las estacas, inclinadas hácia un mismo centro, son sujetadas fuertemente con algunos ramos flexibles de extraordinaria tenacidad. Entrelaza aquellas con pequeñas ramas aún provistas de su follaje, y recubre el todo con cortezas de árboles. Para quitar éstas practica con el *uana* sobre el tronco del árbol una série de agujeros formando una línea circular. Introduciendo en seguida el instrumento entre la madera y la corteza, la desprenden toda entera con tanta habilidad que en cinco minutos el árbol queda despojado. A veces se sirve de las hojas de *chantorrea* para cubrir la choza, que tiene ordinariamente diez piés de circunferencia, seis de altura y cinco de entrada. El conjunto forma un cono más ó menos parecido á una colmena. Un europeo no se encontraría en ella muy á su sabor; pero el australiano se agacha en su interior sobre su piel de *opossum* con su mujer y sus hijos. Frente de la abertura y á dos piés de distancia enciende el fuego, y si cambia la direccion del viento, en breve cierra su puerta y abre otra. El fuego, durante el tiempo de lluvia, es alimentado abundantemente con gruesas ramas, y cuando abonanza lo conserva con las estacas y la cubierta de la choza, ya entonces inútil: llegada la mañana aléjase alegremente, no dejando otras señales de su morada que algunos tizones medio apagados. En estío no se toman siquiera la pena de hacerse construir una choza: algunas cortezas de *eucalyptus*, inclinadas sobre ramas, le guarecen contra el viento y la lluvia.

Para pasar el tiempo con menos aburrimiento el aus-

traliano se distrae á veces fumando ciertas raíces secas y porosas de un sabor dulce y agradable. Asimismo toman, á modo de tabaco, el polvo que contienen pequeñas flores cuyo nombre no dice el Ilmo. Salvado, y que ha encontrado en el distrito de Bindun, no lejos de Nueva-Nursia.

Ya se ha visto que generalmente los indígenas de Australia no son de gran ferocidad. Están lejos, sin embargo, de practicar el perdón de las injurias, tanto como ignoran los preceptos del Evangelio. Si la ofensa sólo atañe á sus mujeres, parece se preocupan poco de ella, á no ser que se haya atentado á su honor. Mas éstas no toman tan fácilmente su partido con tanta indiferencia. Todas reunidas, con las más ancianas al frente, van llorosas á cantar cerca de sus señores y maridos, sentados al rededor del fuego, una especie de lamentaciones que pueden traducirse por las siguientes palabras:

«Si hoy no queréis vengarnos de las injurias que se nos han hecho, mañana las continuarán.

«Vendrán mientras dormirémos apaciblemente, y vosotros seréis los primeros en recibir la muerte.

«Nos arrebatarán cuando estaréis de caza; nos llevarán lejos, y entonces no nos tendréis á vuestro lado.

«Y ¿qué se dirá de nuestros padres, de nuestros maridos, de nuestros hermanos y de nuestros hijos?

«Se dirá que son poltrones y viles, de corazón lleno de cobardía, pues que no han vengado á sus madres, esposas, hermanas é hijas.»

Las mujeres australianas acompañan estas lamentaciones, que no carecen de cierta salvaje poesía, con sendos golpes con su *uana*, con la que hieren el suelo, moviendo á uno y otro lado los ojos como un energúmeno. Entre tanto los hombres permanecen impassibles cerca del fuego, y las mujeres redoblan entonces sus quejas y sus gritos de venganza. Por fin aquellos se levantan llenos de cólera, y, arma en mano, se dirigen al lugar donde se encuentra el insultador. Si la familia á la cual pertenece está á corta distancia, las mujeres empiezan á cambiar mútuos insultos, y excitan á los hombres hasta el punto de que, sobremanera exaltados, cantan á su vez con frenesí, y se lanzan como toros furiosos, saltando de una á otra parte, la barba entre los dientes, y presto el *guichi* contra sus adversarios, quienes salen á su encuentro con iguales gritos y contorsiones. Así que se ha arrojado una lanza se generaliza la refriega.

No obstante, el combate causa muchas veces más estrépito que daño. En medio del tumulto basta que un salvaje caiga herido para que la lucha cese al momento. Los odios se apaciguan instantáneamente, y cada uno se apresura á socorrer al que acaba de ser herido. Pasado el primer impulso de cólera, los combatientes examinan el asunto con mayor sangre fría. Si las partes convienen en que el culpable debe ser castigado, el jefe de la familia ofendida le condena á una pena proporcionada á su falta. Ordinariamente consiste aquella en recibir un golpe de *guichi* de mano del ofendido. El culpable es colocado á cierta distancia como blanco, no debiendo herirse sino en el brazo ó en las piernas. El paciente puede, por la rapidez de sus movimientos, evitar los golpes; pero lo que sucede con más frecuencia es que el arma, arrojada por mano segura y vigorosa, atraviesa un

miembro de parte á parte. En seguida los ancianos declaran satisfecha la justicia, y la paz reúne de nuevo las dos familias enemigas.

Cuando la injuria se dirige directamente á un salvaje ú ofende el honor de su mujer y de sus hijas, no es necesario excitarle á la venganza. Entona un canto guerrero y se lanza en persecución de su enemigo, sin que nadie intente detenerle, sucediendo todo lo contrario cuando se trata de una simple querrela entre dos indígenas. Si quieren venir á las manos, sus amigos acuden presurosos, los separan, y cogiéndoles por las espaldas les sujetan fuertemente, mientras que hacen esfuerzos para desprenderse y combatir uno contra otro. Por fin, cuando se les ha convencido de la inutilidad de su resistencia, se les suelta, y cada uno vuelve á su fuego. «Muchos combates, dice el Ilmo. Salvado, se evitan por medio de estas amistosas intervenciones (1).»

Sucede á veces que el deseo de la venganza subsiste en el corazón del indígena, especialmente cuando, siendo insultado, tiene conciencia de la inferioridad de sus fuerzas. Deja transcurrir muchas semanas á fin de que hasta su enemigo olvide la ofensa que ha cometido y no recele sus asechanzas. En fin, llegado el momento que juzga favorable, se desliza de noche en el campamento del insultador y acércasele con ese paso furtivo de los grandes carnívoros de la raza felina. Incierto del éxito, pues se reconoce menos vigoroso que su enemigo, tan pronto se adelanta como se aleja; hasta que por último, sobreponiéndose á todo temor, blande su *guichi*, y con toda la impetuosidad de su cuerpo y toda la fuerza de su brazo lo hunde en el pecho de su víctima, y huye rápido como un leopardo. Los gritos del herido, si no ha quedado muerto del golpe, despiertan á sus parientes y amigos; pero el asesino está ya lejos, y para que su arma homicida no pueda descubrirle, tiene cuidado de servirse de un *guichi* nuevo. La disimulación de los indígenas es tan grande, que muchas veces el matador asiste á los funerales de su víctima y se lamenta como los demás. «Estos detalles, asegura el Ilmo. Salvado, me los dieron dos salvajes que me confesaron haber cometido tamaño crimen, y á quienes tuve la dicha de convertir más tarde á la fe cristiana.»

Pero por lo común el matador no logra escapar al *gad-gurrang* ó partido vengador, que se compone de todos los parientes de la víctima.

«Apenas se ha cometido el crimen, dice Perron de Arco, lanzan grandes gritos para advertirse mutuamente, y llegan de todas partes armados para la venganza. Esos aullidos de dolor y de cólera que en tales ocasiones resuenan en el bosque como rugidos de fiera, ese cuerpo sangriento que se transporta en un zarzo de bambúes; esas mujeres que acuden llorando, gesticulando y mesándose los cabellos, dan al oído y á la vista un concierto y un espectáculo que es difícil olvidar. Apenas terminados los funerales empieza la persecución. Embadurnados con la sangre del difunto, los justicieros del *gad-gurrang* siguen desde luego las pisadas del asesino.

(1) El Ilmo. Salvado ha hecho la observación de que nunca los salvajes, así hombres como mujeres, se golpean con las manos: ignoran completamente lo que son puñetazos, bofetones y puntapiés. Así se ofenden sumamente cuando en las colonias inglesas los europeos les tratan de un modo que consideran como degradante y que sólo emplean con los animales.

no, y semejantes á una manada de lobos famélicos siguen su rastro con un ardor y perseverancia más terribles que la que despliegan para perseguir los *emus* y los *hangurus*. Corren de día, como los sabuesos de Cuba, tras los vestigios de un esclavo fugitivo; duermen de noche sobre la pista, y prosiguen su loco camino, su persecucion ardiente, á los primeros destellos de la aurora. Es raro que semejante energía no logre su objeto, y á menos que el matador se haya refugiado entre familias extranjeras que se levantan para defenderle, pronto es descubierto, alcanzado y cae herido de mil golpes. El *gad-gurrang* regresa entonces al campamento del difunto, llevando el más próximo pariente suspendidas al cuello con una cuerda de caña la mano derecha y la cabeza del asesino.

«La mision más importante, el deber más sagrado que un indígena australiano puede ser llamado á cumplir en todo el curso de su existencia, es el de vengar la muerte de uno de los suyos; y hasta tanto que no ha devuelto golpe por golpe, tomado ojo por ojo, arrancado diente por diente, no goza de apacible sueño ni está su espíritu en reposo. Pero lo más raro es que si no se apresura á emprender el rojo sendero de las represalias, si dilata la hora de herir, las mujeres ancianas le colman de menosprecios, sus esposas amenazan abandonar su tienda, ni una jóven le responde cuando le dirige la palabra, su padre vuelve la cabeza al acercársele, y hasta su madre, que no hace más que gemir, le echa constantemente en rostro mil reproches.

«En el código penal de los indígenas los jefes de las



HU-PÉ ORIENTAL (China).—Alumnos del seminario de la Mision. (Pág. 546).

familias aplican la pena de muerte por rapto, adulterio y aún por robo en ciertos casos graves. También se vengaba con la muerte el insulto hecho á los grandes jefes y á los ancianos.»

A ejemplo de sus padres, los jóvenes australianos se entregan á pequeños combates, en los que se advierte ya todo su ardor guerrero y el deseo de la venganza. Es un espectáculo curioso verles saltar, gritar, hacer como que se cogen la barba entre los dientes, y lanzarse unos contra otros pequeños palos á manera de *guichis*. Entréganse á semejante pasatiempo con tanto entusiasmo, que los juegos truécense á veces en luchas harto serias, y más de uno de esos combatientes imberbes quedan gravemente heridos. Mas curan en breve, pues los niños australianos son muy robustos. Sus madres, como

ya hemos indicado, los amamantan hasta que han puesto los dientes necesarios para comer la carne del *hanguru* y mascar las raíces. Así crecen gordos y vigorosos, y las continuas intemperies que experimentan en la vida nómada les fortifican. Llegados á la edad viril, tienen, sin excesiva musculatura, los miembros sólidos y bien proporcionados. Véase á cierto número de ellos alcanzar los setenta y más años.

Los australianos que llegan á esta edad tienen sobre los europeos, en razon de la ausencia de los humores viciados, la ventaja de estar muy poco expuestos á los achaques tan comunes entre los ancianos de los países civilizados. «No he conocido entre ellos, dice el ilustrísimo Salvado, sino cuatro ciegos: un hombre de unos cincuenta años, dos mujeres de mayor edad todavía, y

un muchacho de quince años. Entre los indígenas que frecuentan Nueva-Nursia no he encontrado ni un sordo, ni un mudo, ni un lisiado, ni un idiota. Los ancianos son todos respetados, teniéndose la atención de reservarles las raíces más apetecidas y las partes más tiernas de la caza. Las mujeres provectas participan también de este respeto universal, y ejercen notable influencia en la familia. Si una australiana pudiese ser feliz en su miserable existencia, sería ciertamente en su senectud.»

CRÓNICA.

Roma.—Al fin el Tribunal de Casación de Roma ha confirmado la pretensión de la Junta desamortizadora, desestimando la justa demanda interpuesta por la sagrada Congregación de *Propaganda Fide*. Ha declarado sujetos á la desamortización los bienes de esta Congregación que tiene un carácter universal, exceptuando solamente de la venta el edificio Colegio, y condenando á la *Propaganda* á las costas del proceso de primera instancia y en la apelación. Esta sentencia hierre los más sagrados intereses del Catolicismo y ataca directamente la civilización, pues sabido es de todos el fin y objeto de esa Congregación secular de la santa Iglesia Romana, que con sus empresas ha llevado la luz del Evangelio, y con ella la de la civilización, á tantos y tantos pueblos del antiguo y del nuevo Continente.

—Deseoso el Papa de manifestar su afecto á Polonia, entregó días pasados la suma de 60,000 liras al Colegio polaco de Roma, fundado en tiempo de Pío IX con objeto de dotar de buenos eclesiásticos á aquel antiguo reino, tan oprimido siempre y bajo todos conceptos por la autocracia moscovita.

Hu-pe oriental (China).—El Rdo. P. Luis, de Menores Observantes, escribe desde Ki-Xoei con fecha 6 de Julio último:

«Desde que me hallo en China he visto á menudo las llanuras anegadas por el río Kiang, pero nunca el agua había llegado hasta las montañas.

«Vivo en Si-ma-sim, distrito de Ki-Xoei, ciudad dividida en dos partes por un río. El día 2 de este mes habíame retirado á mi aposento para descansar. El cielo estaba sereno y hacia un viento fresco, cuando de repente los relámpagos iluminan el espacio, retumba el trueno, y comienza á diluviar. Al fin levántanse todos sobresaltados, pues las aguas habían sumergido ya multitud de casas. Por fortuna los fundamentos de la nuestra eran de ladrillo cocido; de lo contrario, en dos minutos nos hubiéramos visto sin mansion. Efectivamente, las habitaciones construidas con ladrillos sin cocer derumbáronse en un abrir y cerrar de ojos, sepultando bajo sus ruinas á sus infelices moradores.

«El huracán ha llevado la desolación al distrito de Ki-chu-ha. Han quedado destruidos muchos pueblos, y han desaparecido completamente poblaciones de 200 á 300 casas. El número de muertos es incalculable. Bajo los escombros de una casa ha sido encontrado un padre con su hijo entre sus brazos. Una pobre madre, al ver su habitación rodeada de agua, quiso huir con sus dos niños; pero arrebatada por la corriente ahogóse con uno de ellos, y el otro pudo ser salvado. A un hombre que corría á refugiarse al monte, faltóle la tierra bajo sus pies y quedó sepultado vivo.

«Otro hecho conmovedor: un niño de corta edad, mientras dormía en su cuna, fué arrastrado por las aguas y, cual otro Moisés, salvado por varios campesinos. El infortunado lloraba y tiraba. Los chinos, siempre crédulos, le predicen magnífico porvenir y le creen ya un gran mandarin.

«Es imposible referir todos los casos ocurridos. El Señor visita frecuentemente la China con terribles castigos, pero no obstante ¡ah! esta desgraciada nación no despierta de su sueño de muerte!»

—El porvenir de la Misión del Hu-pe estriba en la formación de un numeroso clero indígena dotado de virtudes sólidas y de una ciencia más que vulgar. De aquí la importancia que dan justamente y las esperanzas que fundan en su seminario-colegio los misioneros de aquel país; aunque es preciso añadir la dificultad en que se ven de encontrar individuos para el estado eclesiástico, pues los jóvenes

que en él se educan apenas han hecho sus estudios literarios son reclamados en su mayor parte por sus familias.

El grabado de la pág. 545 representa un grupo de diez y ocho seminaristas con un misionero en el centro, según fotografía.

Esmirna.—El Rdo. P. Benito de Guarcino, vice-prefecto apostólico y superior de los Capuchinos, comunica desde aquella ciudad las siguientes con fecha 10 de Setiembre.

«Aunque tarde, quiero hablaros del terremoto que en 29 de Junio arruinó gran parte de la ciudad de Esmirna. Eran las cinco menos diez minutos de la mañana cuando un fuerte sacudimiento que duró 20 segundos difundió en todos los espíritus un espanto indescriptible. Los desastres fueron enormes; todas las casas experimentaron el choque, viniendo al suelo muchos centenares de ellas. Todos los edificios públicos sufrieron más ó menos. La catedral quedó resquebrajada, y el techo hendido en muchos puntos (1). Las iglesias del hospital francés y de San Policarpo sufrieron mucho, y todas las demás necesitan reparaciones.

«Al principio eran valoradas en 100,000 libras turcas (2.185,800 pesetas) las pérdidas causadas por el terremoto, cifra muy corta por cierto. Pero si las pérdidas materiales son incalculables, en cambio ha sido una dicha que no tuviésemos que deplorar en la ciudad más que una sola víctima, cuando tan terrible azote podía causar la muerte á muchos miles de habitantes. Debemos añadir cincuenta personas que recibieron lesiones más ó menos graves.

«La población católica de Esmirna atribuye á la protección de san Policarpo, su amado Patron, el haber escapado de mayores desgracias; así es que una inmensa concurrencia de fieles asistió á las rogativas públicas ordenadas por el Ilmo. Timoni, nuestro arzobispo, siendo muchísimos los que se acercaron á la sagrada Mesa. El 1.º de Agosto se celebró una solemne misa en honor del Santo. Después del Evangelio el P. Francisco de Ásis exhortó al auditorio á aprovecharse de los avisos del cielo; recordó que Esmirna había perdido 40,000 de sus hijos en el terremoto de 1688 y 30,000 en el de 1768. Sus palabras fueron escuchadas con la más religiosa atención; todos los católicos muestran las mejores disposiciones y procuran con sus fervientes oraciones calmar el enojo de Dios.

«Los pueblos de las cercanías de Esmirna han sufrido también mucho, en términos que es imposible enumerar todas las ruinas causadas por tan espantoso desastre. Seis pueblos compuestos cada uno de 150 casas no son más que un montón de ruinas. Burnabat presenta el aspecto de una ciudad bombardeada; por todas partes se ven paredes demolidas, techos hundidos, edificios arruinados. Las dos mezzanías están casi derruidas, y sus minaretes han aplastado, al caer, muchas casas. El edificio de las Hermanas de la Caridad está medio hundido, y de la capilla casi no hay piedra sobre piedra. En todas aquellas localidades hay que lamentar algunas muertes.

«A nosotros nos ha tocado también buena parte en la catástrofe general. Nuestra iglesia de San Policarpo ha sufrido poco, pero nuestro convento tambaleó de tal manera que todas las celdas necesitan reparación. Los dos pisos del lado Norte se hallan en el más deplorable estado, y los arquitectos decidieron que debían derribarse. Mas su reconstrucción exige unas 60,000 pesetas, y en la imposibilidad de procurarnos esta suma deberémos contentarnos con hacer las reparaciones más urgentes, y aún así subirá el coste á 20,000 pesetas. Debemos procurar, además, no dormirmos á fin de que las obras queden terminadas antes de la estación de las lluvias. Atrevémonos á esperar que vendrán en nuestra ayuda las almas piadosas y caritativas, y que merced á sus limosnas podrémos hacer de nuevo habitable nuestro pobre convento.»

(1) Puso la primera piedra de esta catedral el Ilmo. Spaccapietra, difunto arzobispo, el 27 de Diciembre de 1862, fiesta del apóstol san Juan, fundador de la Iglesia de Esmirna.

Los católicos de esta ciudad, en número de 15,000, poseían sólo tres iglesias que por su pequeñez y pobreza contrastaban notablemente con las de los griegos cismáticos, bellas y espaciales. Era, pues, sumamente necesaria la construcción de otro templo más apropiado á las necesidades de los fieles y á las exigencias del culto. La generosidad de sus diocesanos y de los católicos de Europa permitió al nuevo Arzobispo llevar á cabo tamaña empresa, aunque con mucho trabajo y largas interrupciones.

La nueva catedral de San Juan (V. pág. 548) había hecho revivir el esplendor de la antigua, dedicada al mismo Santo y convertida hoy en mezquita. Pío IX quiso darle el título y las prerogativas de Basílica menor y la participación de las indulgencias de Santa María la Mayor de Roma. Rico don del mismo Pontífice fué el altar, formado de preciosos mármoles y obra maestra del arte.

Japon meridional.—El vicario apostólico, Ilmo. Petitjean, escribe desde Nagasaki el 28 de Junio:

«Para que os formeis una idea de mis múltiples tareas os diré que tengo á mi cargo la administracion de 20,000 cristianos y la direccion de 20 misioneros y 7 religiosas, y además soy el profesor de japonés de nuestros jóvenes cohermanos. A pesar de todo mi salud es excelente.

«Estoy en vísperas de emprender una excursion apostólica que durará seis semanas. Iré con una barca de pescadores á visitar de cristiandad en cristiandad cerca de la mitad de nuestros católicos, es decir, 9,000 almas, y tendré que administrar muchas confirmaciones.

«Tengo en mi vicariato dos seminarios: uno en Nagasaki con 40 alumnos, y otro en Osaka con 10. El año escolar, que está próximo á su término, ha sido muy fructuoso para nuestros seminaristas: tres de ellos, clérigos tonsurados hace cinco años, han continuado su curso de teología y podrán ser ordenados sacerdotes en 1882.»

Verapoly (Indostan).—El *Western Star* (Estrella de Occidente), periódico protestante de Cochín, describe la visita que uno de sus redactores ha hecho al colegio de San José, de Verapoly. Su relacion, muy encomiástica, muestra los rápidos progresos de dicha institucion, fundada recientemente por el Ilmo. Mellano á costa de no pocos sacrificios. Cerca de 200 niños, católicos, protestantes, sirios, indios ó musulmanes, reciben allí de los Carmelitas irlandeses, auxiliados por profesores indígenas, una excelente instruccion perfectamente adaptada á su edad.

Este colegio está destinado á ejercer en el país una influencia que facilitará la obra de los misioneros, y el Catolicismo aprovechará la nombradía de un establecimiento que pronto debe eclipsar á todos sus rivales por su innegable superioridad. El vicariato de Verapoly es el más poblado de los de la India; y la poblacion católica puesta bajo la jurisdiccion del venerable Sr. Mellano es de 222,000 fieles confiados á los cuidados de 389 sacerdotes, de los cuales únicamente 14 son europeos.

Madagascar.—Un antiguo alumno de las escuelas cristianas de Tananarive escribió en su propio idioma al Hermano Director de las mismas la siguiente carta, traducida despues al francés por otro malgache, tambien alumno de los Hermanos. En ella, como escribe el P. Cazet, sólo han tenido que cambiarse dos palabras: nueva demostracion de los civilizadores resultados obtenidos por los misioneros.

«Tamatave, Junio de 1880.

«Mi estimado Hermano Director:

«Os visito por medio de esta carta, que deseo os encuentre con buena salud. Y los demás Hermanos, y mis antiguos compañeros, los congregantes, los cursantes de física, los maestros de escuela y todos los alumnos, ¿cómo siguen? En cuanto á mí, me porto á maravilla; mis deberes religiosos y mis servicios al Gobierno siguen con regularidad, por la gracia de Dios y la proteccion de nuestra buena Madre la santísima Virgen.

«Me propongo, querido Hermano, poneros al corriente de un suceso que ha hecho en Tamatave mucho ruido.

«El domingo 30 de Mayo á las nueve de la mañana celebrámos la procesion del *Corpus*.

«La víspera y antevíspera disponíase todo el mundo para la fiesta, incluso los herejes. Los cristianos preparaban sus corazones, sus altarcitos y sus casas. Los herejes adornaban tambien la parte delantera de sus casas en obsequio del Dios de la Eucaristía. Cada cual barria la parte de calle que le correspondía y adornaba la fachada de su casa con toda especie de flores y ramilletes artísticamente combinados. El gobernador concedió gustosamente permiso para elevar un altar en medio de la plaza pública, y envió algunos soldados que lo custodiasen hasta el domingo.

«Las Hermanas erigieron tambien un altar delante de su puerta.

«Todos esos altares estaban adornados con magnificencia, y además de la multitud de flores de toda especie, velas blancas, etc., habia á cada lado un ángel bajo forma humana.

«Lo que particularmente llamó la atencion fué la conducta de los malabares por su afán, aunque paganos, en buscar flores, suspender guirnaldas á lo largo del camino, plantar á cada paso troncos de palmera en honra de Nuestro Señor, apartar á la multitud, mantener buen orden entre los espectadores, y en fin descubrirse y hacer profundas inclinaciones al pasar el Santísimo Sacramento.

«Descubrian tambien sus cabezas los europeos protestantes que allí se encontraban.

«Comunmente los protestantes entran en su templo á las ocho y

salen á las once; pero en esta ocasion terminaron á las nueve y salieron á ver la procesion.

«Hé aquí el órden de la misma:

«1.º Tres hombres en traje militar llevando la cruz y lanzas;

«2.º Las alumnas de las Hermanas con banderas, oriflamas, etc., como se hace en Tananarive;

«3.º Las mujeres mayores y jóvenes que no frecuentan la escuela;

«4.º Los alumnos de los Hermanos de las escuelas cristianas;

«5.º Los hombres;

«6.º La música de los alumnos de los Hermanos;

«7.º Los niños del coro sembrando flores al paso de Nuestro Señor;

«8.º Otros dos lanceros que marchaban de frente con los niños de coro seguidos de dos hombres en traje militar con talabarte y pistolas.

«Eran estos Besanga y Leiravo, antes esclavos de Ramosa, y precedian inmediatamente á Jesús sacramentado.

«En fin, seguía el palio llevado por cuatro hombres, y en medio iba el Padre llevando el Santísimo Sacramento.

«Tres europeos y este vuestro servidor teníamos los cordones. Yo iba de rigurosa etiqueta: casquete con muchos galones y pantalon tambien galoneado: el traje era igual en todo al que lleva Marcos Rabibisoa, es decir tres galones en las vueltas de las mangas, y botones de oro delante y detrás.

«El cónsul Sr. Sauvagne, de toda gala, el Sr. Campan y otros personajes iban detrás del Santísimo Sacramento.

«Nada vino á turbar la procesion, y en todas partes se apiñaba la muchedumbre para contemplar aquella marcha triunfal.

«Las aclamaciones de la innumerable multitud de fieles se confundian con los acordes de la música, formando un concierto verdaderamente digno del coro de los Angeles.

«Despues de la bendiccion del Santísimo Sacramento disparáronse cuatro pistoletazos en honor del Dios de la Eucaristía.

«La multitud, que contemplaba la piedad y el recogimiento de los fieles arrodillados delante del altar erigido en la plaza, decia grandemente admirada:

«—El culto católico es siempre bello, siempre el mismo por do quiera que se le ve de cerca... Su cuerpo está aquí [en Tamatave, pero su espíritu está en el cielo, con Dios... De todas las diferentes religiones, el Catolicismo es el único que posee al verdadero Dios.

«Gozad vida larga y feliz,

«Mi querido Hermano.

«Así dice:

«ED. ANDRIANOME, 9.ª dignidad.»

LUZON.

MEMORIA SOBRE LA REDUCCION DE LAS TRIBUS INFIELES.

CAPÍTULO III.

MODO FÁCIL Y PRÁCTICO DE CONSEGUIR QUE BAJEN Á LOS LLANOS LAS TRIBUS DE ESTAS MONTAÑAS.

Es una verdad de sentido comun que, atendida la gran transformacion que han de sufrir los igorotes, pasando del ser y estado actual á la vida social y cristiana á que se intenta reducirlos, no basta, ni con mucho, el empleo de la fuerza bruta para conseguirlo, debiendo suponerse la necesidad absoluta de las Misiones como base de la reduccion. El tratamiento que debe seguirse para alcanzar resultados prácticos ha de ser suave y dulce, mezclado de cierta severidad. Veamos ahora cómo y de qué tribus se podrá conseguir la reduccion deseada.

§ 1.º

Misiones establecidas en los montes: Mision de Ibung: su organizacion.

En época reciente todavía, por los años de 1840 á 1847, estos pueblecillos de Nueva-Vizcaya y algunos de la Isabela, que entonces formaban una sola provincia, estaban muy acosados, aún en el mismo llano y hasta

en sus mismas casas, por las tribus del Quiangan, Sili-pan y Mayoyao, y apenas podía pasar el correo general por los montes del Abungul, á pesar de la fuerza militar que le acompañaba. Para remedio de tan grave mal y del mayor que amenazaba, se nombró gobernador de Nueva-Vizcaya, que entonces comprendía también la Isabela, á D. Mariano Oscáriz, de grata memoria, quien con su valor, salud de hierro, prudencia y docilidad en oír consejos de personas de experiencia, y teniendo en su favor atribuciones especialísimas para obrar como le pareciese, subyugó en muy poco tiempo á tales razas, cada vez más osadas. Humillados y sumisos á su voz y prestigio estos igorotes, tratóse de completar su reducción con una Mision para cada tribu, y considerando sin duda alguna las dificultades que ofrece el arrancarlos de sus montañas y trasladarlos á los llanos, dominó el parecer de que se estableciesen en los montes.

Fundáronse, pues, las Misiones del Mayoyao en la parte de la Isabela, las cuales dejaron de existir á los pocos años por razon del aislamiento, la falta de terrenos cultivables con el arado, y la separacion natural y necesaria de los igorotes en pequeñas rancherías, segun lo exige la aspereza y desigualdad de aquel terreno. Casi al mismo tiempo se fundó la primera Mision del Quiangan, ó sea de Lagavi, la que con el arrimo y apoyo del fuerte ó destacamento que á su lado tenia, continuó por espacio de más de veinte años. Los misioneros consiguieron todo el objeto posible, esto es, transformaron en cristianos á casi todos los vecinos de la ranchería en que se hallaba la Mision, por el procedimiento del bau-

tismo de niños y jóvenes, y su educacion mediante escuelas. Pero, sumado el fruto total, ¿cuál podría ser reduciéndose la accion de los misioneros á una ranchería que últimamente contaba nada más que con sesenta casas? A todo esto el misionero tenia que suministrar vestidos á todos los cristianos, al menos para la asistencia á la iglesia y escuelas: á tal extremo llegaba su pobreza por la falta de terrenos cultivables con el arado, y por la falta de comercio y relaciones con otros pueblos.

En 1864 se estableció otra Mision cercana á esta de Lagavi, en una ranchería llamada Iba-ay, de otras cincuenta ó sesenta casas. Siguióse el mismo procedimiento con el mismo resultado respectivo; pero notaban los misioneros que reducir su accion á cincuenta ó sesenta familias era muy triste, atendida la escasez y estado de los pueblos de los llanos. Notaban además que los pocos reducidos y bautizados que tenian comenzaban á bajarse á vivir con más holgura entre los cristianos. No por eso pensaban trasladar las Misiones, sino que intentaron verificar la reunion de varias rancherías en una sola. El misionero de la última mision de Iba-ay, aunque destituido de todo apoyo humano, se propuso á

todo trance reunir las, ó sino abandonarlas, procurando llevarse los cristianos á los pueblos. Mas cuando casi lo tenia conseguido á fuerza de energía y despreciando en cierto modo la vida en obsequio de la fe y en bien de las almas, fué atravesado por una lanza ingrata en la espesura del bosque, muriendo víctima de su celo y caridad para con sus prójimos.

A su muerte le sucedí yo, pigmeo en el apostolado,



ASIA MENOR.—Catedral de Esmirna.

encontrando á los igorotes cada vez más insolentes al ver la casi impunidad en que había quedado la muerte del misionero, sin poderse castigar por la aspereza y lejanía de los montes. Las rancherías casi ya rendidas volvieron á sus antiguos usos y manera de vivir, y fui sobrellevando esta situacion por unos tres años, abandonado al capricho é insolencia de los igorotes, excepto algunos pocos que no querian quedarse sin misionero. Pero ¿qué hacia yo no pudiendo conseguir la asistencia de los niños á la escuela?

A todo esto y con ocasion de una expedicion militar que se organizó para castigar varios asesinatos que los igorotes habian cometido en algunos soldados del fuerte de la otra Mision, luego que esta expedicion se retiró para no volver más, intentaron vengarse en el misionero. Muchas veces trataron de incendiar la casa-mision, arrojando mechas á la cubierta, compuesta de materias fácilmente inflamables, y con muchísima frecuencia rodeaban la casa para vengarse en mi pobre persona indefensa. Así pasó año y medio, sin más auxilio que dos fieles perros que me servian de centinelas, dando la voz de alerta. Con todo, al final de la fiesta me arrojaron una lanza que no me dió porque Dios no quiso, rozándome, sin embargo, el hábito y yendo despues á atravesar el muslo de uno de los cuadrilleros que habian subido de los pueblos, con motivo de la traslacion de aquella Mision de Iba-ay á este sitio de Ibung. Simultáneamente se trasladó la de Lagavi al desierto de Diadi. Tuvieron, pues, un fin funesto las cuatro Misiones de los montes. Las del Mayoyao y Bungian pasaron á la historia. Las de Lagavi é Iba-ay estarian ya olvidadas, segun tendencias de algunos, á no haberse interpuesto el deseo de otros de trasplantarlas á donde se hallan.

En 1873 tomé el cuidado de mi nueva Mision en las soledades, entonces desiertas, que bauticé con el nombre de Ibung, tomado del de un brazo de rio que corre por aquí cerca. Tomé posesion de ella acompañado de mi buen deseo y con la esperanza de convertir á los igorotes del Quiangan, que tantas injurias me habian hecho, atrayéndolos con toda suerte de beneficios á mi nuevo lugar para conseguir aniquilar sus idolatrías y costumbres bárbaras, y transformarlos á fuerza de paciencia en cristianos y súbditos fieles del Gobierno. Comencé á vivir bajo cuatro palitroques mal dispuestos, mientras me hacian una casita menos mala. En el interior pude persuadir á algunos igorotes leprosos que viniesen á vivir en mi nuevo paraíso, segun yo se lo pintaba. Comenzaron á enfermar, efecto de una humedad mortífera, y cuidé á mi preciosa semilla con toda solicitud, estudiando la manera de aplicarles medicina, sirviéndoles yo mismo el café por las mañanas.

Les tracé sus sementeras, buscando quien se las arase, y al mismo tiempo trabajé como un negro en proporcionarles agua de regadío. Preparadas las tierras y semilleros, se presentaron un sinnúmero de contradicciones para impedir el trasplante, porque muchos se habian puesto enfermos y algunos habian muerto. Llevóse por fin á cabo la operacion, aunque tarde y mal, teniendo yo que estar al cuidado, metido en el lodo y agua hasta las rodillas. Crecieron las pocas plantas, cuyo fruto comieron en gran parte las aves granívoras, recogíendose en consecuencia solamente algunos manojos para

muestra. Esto el primer año, en que tambien caí enfermo de calenturas palúdicas que me pusieron á las puertas de la muerte. Salí, por fin, de ésta, aunque con trabajo y tardando cerca de un año en convalecer, y mientras tanto se murieron más de la mitad de mis leprosos; pero vinieron á reemplazarlos otros de sus parientes por el afán de heredar y disfrutar de las casitas y sementeras que dejaron. La cosecha del segundo año no fué tan mala como la del primero, si bien escasa, pues sólo se recogió alimento para tres meses. Pero, «¿qué importa? les dije. Yo cuidaré de vosotros; tengo el granero repleto para cuando el arroz os falte. ¿Por ventura no os recibí como hijos? ¿Os puede faltar alguna cosa estando al lado de vuestro Padre? Yo cuidaré de que se aren vuestras sementeras mientras sea necesario; os haré vuestras casitas, y os daré arroz cuanto querais. Lo que importa es que esteis contentos y trabajéis segun podáis y yo os lo mande?» Al tercer año la cosecha fué más abundante, pero siempre insuficiente para la manutencion anual, teniendo yo que suplir lo que les faltaba: hicieron tambien algunas huertecitas; se agregaron algunas familias más, y comenzaron á radicarse en la Mision algunos ilocanos. Al año siguiente casi cogieron arroz para el gasto de todo él, y algunos se hicieron casas más fuertes y abrigadas, y sembraron algunos árboles de utilidad. Al quinto año, en que la cosecha fué más que suficiente para la alimentacion, les hice pagar una pequeña cantidad de arroz por via de gratitud al Padre. En el sexto, que es el actual (1879), tienen mejor cosecha aún, por estar más cultivadas las sementeras; y ya pueden dar al misionero en arroz la mitad de lo que gasta con ellos. Otro año se les labrará una parte nada más de la sementera, obligándoles así suavemente á que aprendan á vivir por sí mismos, ó entendiéndose con los ilocanos.

Gracias á este sistema de tomar el misionero por su cuenta la manutencion y labranza, he podido conseguir, aunque gastando una suma considerable de limosnas que me dieron mis superiores, que se hayan arraigado fuertemente unas cuarenta familias de igorotes, nuevos cristianos con que cuenta la Mision. Muy poca cosa es en sí, pero tambien es diminuta una semilla que despues se convierte en árbol frondoso y corpulento. Esta Mision es una semilla ya nacida que tiene en sí todos los gérmenes de una poblacion cristiana y civilizada. Dentro de la corteza del igorrotismo se hallan como encerrados elementos de vida en lo físico y en lo social y moral, porque sus individuos son al fin hombres, aunque sean brutales sus costumbres. Esta pequeña semilla, y más que semilla, planta ya nacida y arraigada con raíces profundas y elementos de subsistencia material, vive y crece al solo impulso y virtud del jugo vivificante que da vida á la sociedad cristiana. Por otra parte está sembrada en un terreno de las mejores condiciones, ya por su extension, ya por los elementos que contiene, ya en fin por su posicion y cercanía relativa á los igorotes del Quiangan y Lamut, hermanos de los de la Mision. ¿Qué falta, pues, para que se convierta en un árbol frondosísimo con profundas raíces de cristianismo y civilizacion? Proceder de la manera que pide su curso y estado, alimentándola del mismo jugo con paciencia, con perseverancia y con toda la energía posible.

Sistema que podrá plantearse para la reduccion de los salvajes del Quiangan y Lamut.

Veamos ahora el modo de atraer hácia Ibung á las tribus salvajes del Quiangan y rio Lamut ó llamut. A estas tribus no se las puede traer hácia aquí ó sacar de sus montañas circunvalándolas con estacadas, ó estrechándolas con un cordon de gente. Quiero decir que el pretender suban fuerzas á dichas montañas para que incontinenti y de una vez se haga bajar por delante á los igorotes, seria suma imprudencia, sin más resultados que retardar grandemente la reduccion. Nunca se olvide, y lo digo de una vez para siempre, que los igorotes que se empeñen en no salir de sus montañas lo conseguirán á pesar de la fuerza de las armas: lo conseguirán, digo, y vivirán sin que les falte el necesario alimento para subsistir. No habrá casi un palmo de terreno en tan colosales, intrincadisimas é interminables montañas, que no pueda producir camote, *gave* y otras mil clases de hortalizas ó legumbres; asimismo puede cogerse maíz en todas ellas y arroz de secano en los bosques: tal es la fertilidad del suelo filipino, aún en montañas casi perpendiculares. Tendrian además jabalies, venados y *carabaos* monteses. Y siendo ciertísimo, por otra parte, que no puede recorrerse este país montuoso si no es por los infieles, que dejan atrás en el andar á los venados, quedará más claro y patente que la luz del sol ser imposible obligar á los igorotes á que salgan de sus montañas. Es necesario, pues, emplear otros medios de atraccion.

Para que el ingerto se verifique más fácilmente, dicen los que entienden de arboricultura que se ha de buscar la mayor semejanza posible entre las ramas que se han de ingertar y el tronco en que han de ingertarse. Por esto, y porque los igorotes del Quiangan y del rio Lamut pertenecen á la misma tribu de los establecidos en la Mision, con quienes están más ó menos emparentados, deben escogerse los primeros para ingertarlos en el tronco de los segundos. ¿Podrán ser arrancados aquellos de sus montañas y trasplantados á Ibung? Muy fácilmente: en primer lugar, porque conocen ya las ventajas y bienestar material de sus parientes, á quienes visitan con mucha frecuencia, viéndolos en estos últimos años con abundancia de arroz, en contraposicion á las penurias y hambres frecuentes que pasan ellos en el monte. En segundo lugar, aunque esto no fuese, ni hubiese entre ellos una simpatía cada vez más marcada por la Mision, á la que desean bajar muchos de los más pobres, hay más que suficientes medios para obligarlos á todos, con tal que se proceda de manera que por una parte se les muestre el palo y por otra el pan. Palo sin pan, lo más que podria hacer seria alejarlos de sus montañas á otras impenetrables. Pan sin palo, segun el proceder del misionero, da resultados, pero tardíos. Así, pues, ha de usarse del palo sólo en el grado indispensable.

Ya tengo dicho que las rancherías de las montañas menos ásperas de aquellas comarcas se dedican con toda preferencia, siempre que el terreno y agua lo permite, al cultivo del arroz de regadío, que consiguen á fuerza de brazos y haciendo obras muy dificultosas que les ocupan muchísimos años. De modo que, destruidas estas

obras, *pilápiles* ó diques, quedarian burlados en sus deseos y esperanzas, no pudiendo reedificar dichas obras ni en medio siglo, y hallándose de improviso completamente desorientados y trastornados en sus hábitos de trabajos y faenas especiales, y en sus relaciones, tratos y maneras de vivir unos con otros. Y especialísimamente tendrian que sufrir mucho estos señores de los bosques, que se avergüenzan de comer y sembrar camote; que pasan la vida hartos de carne y de vino, y sin trabajar, á costa del sudor y de la sangre de los infelices, mediante las exorbitantes usuras ya explicadas. Existe, pues, un medio muy eficaz para desconcertar á los igorotes de las comarcas arrozaleras, y obligarlos á que bajen y se agreguen á los grupos de poblacion.

...En cuanto á la escasez de fuerzas militares que objetan algunos, digo que son muy pocas las que se necesitan, y éstas se encuentran sobradas en todas y cada una de las provincias colindantes con las montañas y tribus respectivas que hayan de reducirse.

...Como se haga comprender á los igorotes un empeño y un plan fijo de no dejarlos vivir en paz en sus rancherías, y como por otra parte vean positivamente que se les ofrece un lugar de buenos terrenos, donde pueden vivir mejor que en los montes, y que se les ofrece proteccion y libertad en una Mision establecida de antemano y con algunos elementos de vida, tengo como cosa evidente que bajarian unos tras otros en muy poco tiempo, esto es, en tres ó cuatro años.

Sin perder tiempo, porque es precioso, supuesta la existencia y recursos de esta Mision de Ibung, creo deberia hacerse á los igorotes del Quiangan una intimacion de que comiencen á bajar, llamando á los más principales de las rancherías mansas, manifestándoles de parte de la Autoridad superior que en Ibung pueden vivir cuidados, protegidos y libres de toda carga, excepto un pequeño tributo, segun lo practicaron en el Quiangan. Y de ninguna manera conviene hacer insinuaciones de que más adelante se les aumentará, aunque de hecho se piense en ello.

A esta intimacion y ofrecimiento de terrenos en la Mision debe seguirse la amenaza de que si no bajan de buen grado subirá una expedicion militar, no á matarlos, á no ser que hagan resistencia, sino á destruirles sus casas, árboles frutales y sementeras ó *pilápiles*. Esta intimacion hecha con aparato y solemnidad ha de hacerles mucha mella, y aguijoneará á los ya propensos á bajar á vivir con sus parientes; pero los más principales, por lo mismo que tienen buenas sementeras y más conveniencias materiales, se manifestarán rehacios, diciendo entre sí: «Otras veces nos han amenazado con expediciones, y no ha pasado de amenaza; ahora será lo mismo. Al menos veamos si se verifica ó no; y sólo bajaremos cuando veamos un empeño decidido en obligarnos á bajar, y cuando nos destruyan nuestras casas y sementeras.»

Al año siguiente, ó sea en el tiempo prometido, se subirá á castigar la desobediencia. Puede organizarse una fuerza de veinte individuos armados, algunos paisanos, y como requisito indispensable ó utilísimo, alguno ó algunos prácticos que conozcan el país que ha de pisarse y la condicion de los igorotes. No es que hayan de temerse acometidas formales, pues no cabe esto;

sino desgracias particulares motivadas por alguna imprudencia en el trato, por no saber el lenguaje, costumbres y carácter de esta gente. Y es de advertir que sería una acción de muy malas consecuencias para lo futuro el matar á algun igorrote pudiendo evitarlo.

Al acercarse al territorio igorrotal debe andarse por lo más despejado, en donde no haya peligro alguno de lanzas ocultas. Se encontrarán púas colocadas cerca de las rancherías, ó sea en las veredas que dan á ellas, dado el caso de que intentasen hacer resistencia, lo cual es inverosímil tratándose de las más cercanas y que ya se acostumbraron á tener allí á los misioneros. Es probable que huyan, al menos las mujeres, al acercarse la tropa; pero lo es más aún que se presenten los varones principales en señal de amistad y para suplicar no les quemen las casas, ni se les haga daño alguno, haciendo promesas de bajarse, las cuales no pensarán cumplir hasta que no puedan menos.

Si se presentan, conviene se les trate bien y se les repita que en la Mision tienen mucho más de lo que pueden tener en el bosque; pero que deben sufrir un castigo por haber desobedecido á la Autoridad superior. Este consistirá en prender fuego á las casas, haciéndoles ver que por entonces no se les hace más daño, en la confianza de que obedecerán; pero que si persisten en no bajar subirá otra expedición á destrozarles sus sementeras, los árboles frutales y todos los medios de subsistencia.

En esta primera vez no conviene se queme más que la primera ranchería, ya porque no es necesario más para conseguir un efecto que creo seguro, ya porque siempre habría que vencer los obstáculos de la oposicion de las demás, exasperados los igorrotos de la comarca, creyendo que iban á incendiar todas las rancherías. Y añadido aún que no conviene quemarles sus graneros de arroz por la primera vez, ya por no ser necesario, ya porque no se ha de poner á los igorrotos en tan críticas circunstancias que no puedan subsistir; porque es cierto que no han de bajar inmediatamente, atendidas sus costumbres y supersticiones. Para bajar consultan la ocasión ó época del viaje, examinando las entrañas de los animales; y unas veces les sale mal el augurio y otras bien, como es natural suponer. Tienen tambien sus compromisos de deudas mayores ó menores con los de otras rancherías, cuentas que han de arreglar antes de bajar. Cualquiera enfermedad los detiene. Los viejos, niños é inválidos son tambien un obstáculo para la bajada; y aún despues de vencidas estas dificultades, si, hallándose en medio del camino, canta ó vuela algun pajarillo de mal agüero, se vuelven atrás, hasta buscar mejor ocasion. Existe tambien para ellos el terrible inconveniente de los muy graves peligros del camino á causa de los silipanes, que los tienen bloqueados é intimidados con las repetidísimas crueldades y asesinatos; de modo que, á no ser por esto, habrian bajado ya muchos á esta Mision.

Tan completo juzgo el éxito de una expedición como la propuesta, que casi creo no habria necesidad de repetir otra, al menos en tres ó cuatro años. Primero bajarían los de la ranchería incendiada que, siendo la primera, sería la de la antigua Mision de Lagavi, donde tambien hubo un fuerte hasta hace algunos años. Casi

todos sus vecinos son cristianos, y quizás sean la mayor parte los que se sienten inclinados á bajar; pero no lo hacen por las instigaciones de algunos principales. Bajarían despues los de la Mision abandonada de Iba-ay, estando ya enterados del estado de esta de Ibung y de que está destinada para todos ellos. Unos seguirían á sus parientes, otros lo harían por el temor de otras expediciones.

Además de la Mision de Ibung, sería muy conveniente se estableciesen otras en Nayun y en Pugol, y se reforzasen la de Diadi y las de la Isabela.

EFEMÉRIDES.

18 DICIEMBRE 1557.—*La cruz milagrosa de Meliapur (Costa de Coromandel).*

En su *Historia de las cosas más memorables sucedidas tanto en las Indias orientales como en otros países descubiertos por los portugueses*, el P. Du-Jarric, de la Compañía de Jesús, refiere «que en 1548, siendo gobernador de las Indias D. Juan de Castro, algunos portugueses de Meliapur quisieron construir una capilla en el mismo sitio en que se decía que el apóstol santo Tomás había sido muerto por los brahmas. Al hacer las excavaciones se encontró una piedra de dos pies de longitud y uno y medio de latitud, que tenia esculpida en relieve una cruz cuyas cuatro extremidades estaban adornadas de flores de lis abiertas, y en cuya cima estaba colocada una paloma en actitud de picarla; notándose en la cruz y en ciertos sitios de la piedra manchas de sangre que tocadas con un lienzo lo dejaban teñido. Este monumento fué colocado en el altar de la nueva capilla, y Dios hizo de esta cruz instrumento de nuevos prodigios.

«El 18 de Diciembre de 1557, al celebrarse los santos misterios, en el momento mismo en que se leía el Evangelio, empezaron á caer de la cruz gotas de sangre hasta que concluyó la misa; milagro que se renovó despues, casi todos los años, en el mismo día y en el mismo acto del santo Sacrificio, como lo refieren testigos dignos de fe. El capitán y el vicario de la ciudad de Meliapur, queriendo saber lo que significaban ciertos caracteres que habia grabados al rededor de la cruz, se dirigieron á un brahma del reino de Narsinga, célebre por su saber, el cual respondió que eran signos jeroglíficos que se traducían así: «Desde «que apareció en el mundo la ley de los cristianos, treinta años despues, el 25 de Diciembre, murió el apóstol santo Tomás en Meliapur, donde se dió á conocer al verdadero Dios, y donde se obró el «cambio de la ley y la destruccion del demonio. Dios nació de la Virgen María, bajo cuya obediencia estuvo treinta años, y era un Dios «eterno. Este Dios enseñó su ley á doce Apóstoles, y uno de ellos vino á Meliapur con un bordon en la mano y edificó una iglesia. El rey «de Malabar, el de Coromandel, el de Pandi y otros de diversas sectas y naciones, se decidieron de buena voluntad y se convinieron en «someterse á la ley de santo Tomás, hombre santo y penitente. Llegó «el tiempo en que santo Tomás murió á manos de un brahma, y con «su sangre hizo una cruz.» De otro país lejano se hizo venir otro brahma que, sin estar de acuerdo con el primero y sin conocer su interpretacion, dió otra igual en el fondo.

«El obispo de Cochín envió en 1562 al cardenal Enrique, entonces infante y despues rey de Portugal, testimonios auténticos de todos estos hechos, reconocidos por el historiador Osorio, y en los que convienen todos los historiadores portugueses.»

NECROLOGÍA.

El día 9 de Marzo del corriente año entregó su alma á Dios en la ciudad de Cádiz, donde tambien habia nacido, el M. Rdo. P. Cuarteron, prefecto apostólico de la Congregacion de *Propaganda fide* en las islas de Labuan y Borneo.

La vida del P. Cuarteron es una série de interesantes y meritorios acontecimientos que bien merecian una extensa biografía; pero tenemos que limitarnos á añadir algo, como por via de apéndice, á las noticias que de aquel ilustre misionero hemos publicado en las páginas 20 y 87.

Conocidas son sus aficiones á la carrera de náutica, á la que se dedicó desde muy niño, emprendiendo desde la edad de trece años innumerables viajes en diversos buques, hasta que su vocación religiosa le hizo emprender nuevo rumbo, tomando en Hong-Kong el hábito de Terciario de la Orden de Trinitarios Redentores de cautivos. Ocupándose en el santo ministerio de su Orden hizo varios viajes, y de su propio peculio satisfizo el rescate de gran número de cautivos. Al mismo tiempo hizo la descripción científica de muchas islas importantes, y rectificó planos y derroteros erróneos.

El espíritu de cristiana caridad que le animaba en todos sus actos le hizo presentar á la Sagrada Congregación de *Propaganda fide* varios escritos en que demostraba la conveniencia de establecer una Misión católica cuyo centro radicase en las islas de Labuan y de Borneo. Aprobado, como no podía ménos de serlo, su pensamiento, recibió las sagradas Ordenes de manos del inmortal Pontífice Pío IX, y cantó su primera Misa en Junio de 1854, confiéndole poco después el mismo Pío IX la investidura de Prefecto apostólico de las nuevas Misiones.

En 1856 el Padre Cuarteron tomó el hábito de san Agustín en la ciudad de Manila. Con su propio caudal adquirió dos buques, con los que convenientemente tripulados se dirigió á Labuan, donde construyó una iglesia de piedra y tejas, consagrada en 16 de Mayo de 1857 bajo la advocación de Nuestra Señora de Gracia, estableciendo allí su primera Misión. El 18 de Junio del mismo año pasó al puerto de Lose-Porin en la costa Noroeste de Borneo, y previas las oportunas negociaciones con el Sultan, tomó posesión del terreno, construyendo otra iglesia bajo la advocación de Nuestra Señora de Belén. En 13 de Abril de 1858 pasó á Baranbany, entablado negociaciones con el *Pamgeram-Ram* de aquel territorio, en

virtud de las cuales construyó, como las dos anteriores, de piedra techada con tejas, y todo de su propio peculio, la tercera iglesia bajo la advocación de la Purísima Concepción, estableciendo la correspondiente Misión á cargo de un sacerdote. Con los buques que llevó de Manila y el bergantín *Pacífico* que adquirió para el servicio de las Misiones, hizo multitud de viajes por todas las islas de Malasia, internándose en ellas con objeto de buscar cautivos, á quienes redimía con su propio capital, conduciéndolos á los cónsules de las naciones de que eran súbditos.

Es de notar que en Setiembre de 1861, no teniendo disponible más que el buque *Trinitario*, también de su propiedad, pequeña embarcación de 27 piés de eslora y 7 y medio de manga, emprendiera, llevando á su bordo 27 cautivos por él rescatados, el arriesgado viaje á Manila, á donde arribó después de 82 días de navegación, causando

la admiración de todos los marinos y autoridades facultativas de aquella ciudad, por ser la embarcación más pequeña que había entrado en aquel puerto, desafiando los huracanes propios de la avanzada estación en aquellos peligrosos mares.

Cuando no tenía proporción de enviar los cautivos á Singapore ó Manila, él mismo era su conductor, y con ese objeto hizo varios viajes al Japon, consiguiendo con la mayor satisfacción volver al seno de sus familias á los desgraciados que gemían en el cautiverio, atravesando los peligros consiguientes en países incultos, insanos y poblados la mayor parte de salvajes, sin más armas para su defensa que el Crucifijo que llevaba al cuello, y la compañía de un fiel criado.

Fácilmente puede comprenderse los trabajos que sufrió este nuevo apóstol de la fe en aquellas lejanas tierras, que no le proporcionaban más que peligros, enfermedades, y le privaban

del alimento necesario, hasta el punto de tener que sustentarse meses enteros con camote (especie de patata), que espontáneamente se cria en aquel país y es el alimento casi exclusivo de los indígenas.

Quebrantado en su salud, regresó el P. Cuarteron á Europa en Agosto de 1879, llegando en Octubre á Roma, donde Leon XIII le recibió con paternal cariño. Allí cayó gravemente enfermo, y recibió los últimos Sacramentos; pero aún tuvo tiempo para trasladarse á su ciudad natal, donde murió santamente el 9 de Marzo del corriente año, siendo sepultado en un nicho concedido á perpetuidad por el Ayuntamiento de Cádiz.

Nunca quiso el P. Cuarteron recibir honores y distinciones de las potestades de la tierra, y cuando alguna vez se los ofrecieron, contestó:

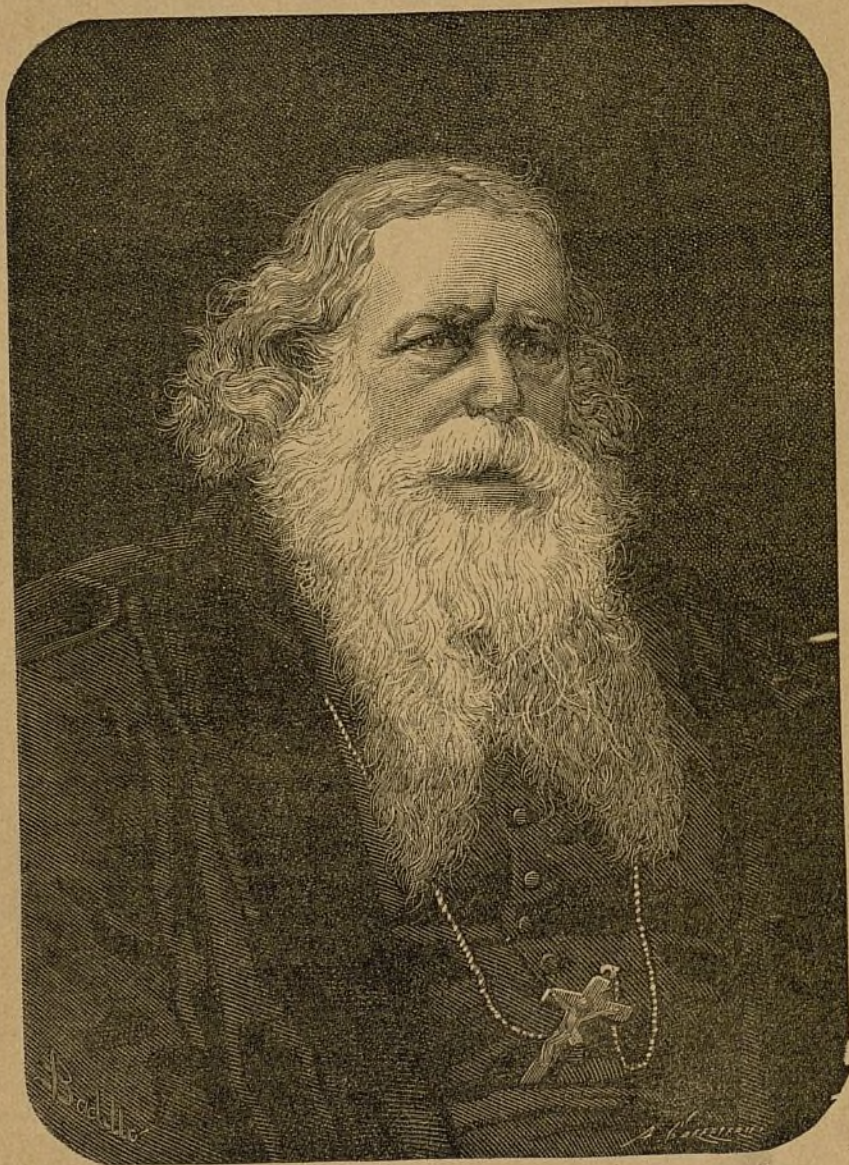
—Jesucristo, mi Maestro, nunca tuvo más cruz que aquella en que le crucificaron.

Gulburne (*Australia*).—El *Express*

de Sydney anuncia la muerte de uno de los más antiguos misioneros de Australia, el Rdo. Mac-Elroy, vicario general de la diócesis de Gulburne. Nacido y educado en Irlanda, abrazó el sacerdocio; y movido por las repetidas instancias de uno de sus primos, Rdo. Dunn, párroco de Geelong (diócesis de Melbourne), dejó su patria y dirigióse á las colonias de la Australia en donde abundaban sus compatriotas. Primero consagró su ministerio á los irlandeses emigrados á la provincia de Victoria, y después pasó á la Nueva-Gales del Sud.

Después de muchos años de trabajos apostólicos en Sydney, retiróse á la diócesis de Gulburne. El obispo le nombró vicario general, y además tenía á su cargo la parroquia de Albury, población de 3,000 almas á 570 kilómetros al Sudoeste de Sydney.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, n.º 5, Barcelona.



RDO. P. CÁRLOS CUARTERON, prefecto apostólico de Labuan y Borneo.